

El segundo
Agatocles: Cortés
en Nueva España



La rendición
de Granada

Viera y Clavijo
Obras completas
Rafael Padrón [dir.]

El segundo
Agatocles: Cortés
en Nueva España



La rendición
de Granada

Edición, introducción y notas de
Manuel de Paz Sánchez



José de Viera y Clavijo
El segundo Agatocles: Cortés en Nueva España
La rendición de Granada

Colección dirigida por: Rafael Padrón Fernández

Comité científico:

Joaquín Álvarez Barrientos (CSIC), Pedro Álvarez de Miranda (UAM), Francisco Andújar Castillo (UAL), Jorge Chen Sham (Universidad de Costa Rica), José Antonio Ferrer Benimelli (UZ), David T. Gies (University of Virginia), Richard Kagan (Johns Hopkins University), Bernard Lavallé (Université Paris III), José Martínez Millán (UAM), Consuelo Naranjo Orovio (CSIC), Miguel Ángel Puig-Samper Mulero (CSIC), Lydia Vázquez Jiménez (UPV)

Directora de arte: Rosa Cigala
Control de edición: Gara Cañas Morales

Primera edición en Ediciones Idea: 2012

- © De la edición:
Ediciones Idea, 2012
- © De la edición, introducción y notas:
Manuel de Paz Sánchez, 2012

Ediciones Idea

- San Clemente, 24, Edificio El Pilar
38002 Santa Cruz de Tenerife.
Tel.: 922 532150
Fax: 922 286062
- León y Castillo, 39 - 4º B
35003 Las Palmas de Gran Canaria.
Tel.: 928 373637 - 928 381827
Fax: 928 382196
- correo@edicionesidea.com
- www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Gráficas Tenerife, S.A.

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN Obra Completa: 978-84-9941-844-0
ISBN: 978-84-9941-904-6

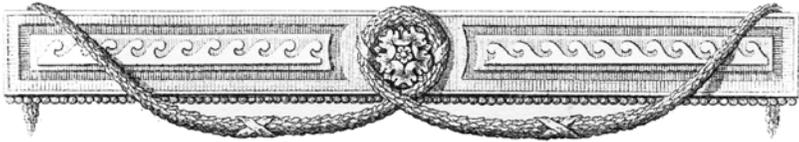
Depósito legal: TF-1022-2012 Volumen 34



Este libro protege el entorno

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea eléctrico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

Sumario



INTRODUCCIÓN	11
Nota a la edición.....	19
Bibliografía	21
EL SEGUNDO AGATOCLES: CORTÉS EN NUEVA ESPAÑA.....	25
Canto único	29
LA RENDICIÓN DE GRANADA	67
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	107

Introducción

La dimensión literaria o, mejor dicho, histórico-literaria del polígrafo José de Viera y Clavijo posee algunos logros dignos de mención. Su poesía siempre ha tenido, por parte de la crítica, la rémora de haber sido considerada de escasa calidad. Es conocida la opinión de Millares Torres, al decir de ella que «las musas en esta ocupación no le tributaron sus caricias con prodigalidad»,¹ o la Cioranescu, que sentenció: «su Musa es flaca y descarnada como él, su voz igual y monótona, cuando canta temas que deberían ser graciosos como cuando emboca la trompeta heroica».² Sin embargo, desde hace unos años se ha intentado vindicar esta vertiente de la producción del polígrafo canario, poniéndola en relación con la preceptiva literaria y los usos de la época ilustrada. En este sentido señala Victoria Galván:

Del conjunto de la producción de Viera y Clavijo, la poesía es quizás el género menos valorado y enjuiciado con

¹ A. Millares Torres, *Biografías de canarios célebres*, t. II, Las Palmas de Gran Canaria, Edirca, 1982, pp. 12-13.

² Introducción a las *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, t. I, Santa Cruz de Tenerife, Goya, 1982, p. XXI.

cierta objetividad crítica. El tradicional rechazo de historiadores y críticos hacia la poesía de un siglo que muchos han creído dominado por la prosa se traduce, sin ambages, en la escasa atención prestada a este sector de la obra de Viera.³

El capítulo dedicado a la poesía por nuestro autor, a lo largo de toda su vida, es casi inabarcable. La propia Victoria Galván se ha ocupado de este tema en un largo epígrafe que forma parte de su tesis doctoral sobre la obra literaria de Viera y Clavijo, en su totalidad, así como en diversos artículos publicados en distintas revistas. En la mencionada tesis, divide la producción poética de nuestro polígrafo en las siguientes categorías: 1) poesía didáctica; 2) poesía épico-heroica y patriótica; 3) poesía festiva y satírica; 4) poesía de circunstancias; 5) poesía amatoria; 6) poesía religiosa y 7) poesía imitada. La variedad y la extensión, asevera esta autora, definen la producción poética de Viera, y ello resulta incuestionable (basta solo con valorar su enorme volumen), aunque sus deseos de ver publicados muchos de sus versos no llegaran a cuajar en su época.

Precisamente dentro de la segunda categoría se circunscriben los dos poemas que constituyen la presente edición: *El segundo Agatocles. Cortés en Nueva España* y *La rendición de Granada* que, entre otras cuestiones, demuestran el profundo humanismo de Viera y la calidez de su mirada ilustrada a la hora de describir en términos poéticos estos dos episodios de la historia moderna de España.

³ *La obra literaria de José de Viera y Clavijo*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1999, p. 366.

Ambos manuscritos fueron presentados al concurso de la Real Academia de la Lengua en años consecutivos, 1778 y 1779, en la época en que el marqués de Santa Cruz había sido nombrado director de la institución, desde 1776, sucediendo al XII duque de Alba, Fernando de Silva y Álvarez de Toledo, tras la muerte de este. A pesar de ello, Viera no consiguió premio alguno.

En 1777⁴ la Academia había propuesto para tema del concurso el desarrollo poético de un tema histórico: el episodio de las naves destruidas de Hernán Cortés. Viera remitió, cuando se encontraba en París,⁵ la obra para presentarla al certamen, al que concurrieron unos cuarentas poetas.⁶ Así lo deja manifiesto en sus *Memorias*:

Igualmente compuso allí [en la capital francesa] *El segundo Agatocles, Hernán Cortés en Nueva España*, poema épico en octavas rimas y en un canto, que envió a Madrid para el concurso de la Academia Española, que en aquel año de 1777 había propuesto el mismo asunto.

A pesar de no obtener en aquella ocasión el premio, en 1779 de nuevo presentó nuestro autor un nuevo poema, esta vez, escrito en Madrid:

Compuso también D. José Viera *La rendición de Granada*, romance en verso endecasílabo, cuyo asunto había sido

⁴ Jaime Delgado, «Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX», *Revista de Indias*, XXXI-XXXII (1948), pp. 393-469.

⁵ Vid. *Diario de viaje a Francia y Flandes*, Ed., introducción y notas de Rafael Padrón Fernández, La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 2008.

⁶ Jaime Delgado, «Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX», art. cit., p. 413.

propuesto el mismo año por la Academia Española, pero el premio se adjudicó a D. José María Vaca de Guzmán.

Los premios de sendos concursos los obtuvo José María Vaca de Guzmán⁷ (c 1750-c 1801), doctor en derecho y escritor sevillano, que alcanzaría cierta celebridad en su época gracias a estos laureles académicos, concedidos por las mencionadas obras, con las que llegó a vencer incluso a Nicolás y a Leandro Fernández de Moratín.

Estos dos poemas no son las únicas obras épicas de Viera, ya que el polígrafo canario había compuesto ya un opúsculo épico («epilio») –bien que con carácter jocoserio– desde 1766 *Los vasconautas*⁸ y de nuevo, en 1780, incursionaría en esta vertiente, con afanes didáctico-científicos, en *Los aires fijos*.⁹

El Agatocles está compuesto por un canto único formado por 86 octavas reales, esto es, 688 versos endecasílabos, y *La rendición de Granada*, en romances heroicos (139 estrofas), cuyos versos endecasílabos riman solo los pares y en asonante (estrofas creadas por Sor Juana Inés de la Cruz y con frecuencia utilizadas en los siglos XVIII y XIX).

Ambos textos se presentan como obras de exaltación de la monarquía, manifestando un *continuum* histórico-literario

⁷ Sus textos poéticos se editaron con el título *Obras de Joseph Maria Vaca de Guzman*, Madrid, Joseph Herrera, 1789-1792, 3 vols.

⁸ *Los vasconautas. Poema épico en cuatro cantos. En Daute. Año de 1766*, Edición, introducción y notas de José Miguel Pérez Corrales, La Laguna, Universidad de La Laguna-Instituto de Estudios Canarios, 1983

⁹ *Los Ayres Fijos. Poema didáctico, en quatro cantos. Su autor Don Diego Diaz Monasterio, vecino de esta Corte*, Madrid, Blas Román, 1780. José Cebrían realizó una edición crítica de este texto: *Los aires fijos*, Berna, Peter Lang, 1997.

de la monarquía de los Austrias con la de los Borbones, en la glorificación del pasado, a pesar de una tendencia generalizada en la época de separar la historia patria de los Habsburgo con la nueva etapa de la dinastía borbónica.¹⁰ Como señala Victoria Galván «El texto poético se transforma de este modo en instrumento de propaganda al servicio de los ideales de la monarquía española, ya se trate de Carlos V o de Carlos III, que es lo de menos».¹¹

En el caso del *Agatocles*, nos encontramos con una obra literaria de temática histórica, donde se entrelaza la ficción con la realidad. Agatocles fue un tirano de Siracusa del siglo III a. C., titulado rey desde el año 304 a. C., célebre por sus campañas contra los cartagineses. La comparación entre Cortés con otros estrategas del pasado no procede del propio Viera, sino que fue habitual entre los propios cronistas de Indias —en el caso de la referencia al militar siciliano procede de Antonio de Solís—, que asimilaron la decisión tomada por el extremeño en el hundimien-

¹⁰ Alberto Navarro González declara al respecto: «El creciente prestigio que la culta minoría del despotismo ilustrado tendrán las letras y las ciencias europeas, y en especial las francesas, harán que vayan germinando entre ellos ideas sobre la historia patria contrapuestas a las de la época de los Austrias. Es lo cierto, sin embargo, que en el concreto caso que nos ocupa, el famoso héroe extremeño y la gesta del descubrimiento, colonización y conquista del Nuevo Mundo, siguen exaltándose en términos análogos a los vistos hasta aquí» («Hernán Cortés en la literatura española», en Alberto Navarro González (ed.), *Hernán Cortés. Actas del primer congreso Internacional sobre Hernán Cortés y de las primeras jornadas de colaboración Fuerzas armadas Universidad de Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986, pp. 523-524).

¹¹ «América en la obra de Viera y Clavijo: *El segundo Agatocles o Cortés en la Nueva España*», en *Homenaje al profesor Sebastián de la Nueva*, La Laguna, Universidad, 1991, p. 140.

to de las naves con las efectuadas con otros personajes históricos (Barbarroja, por López de Gómara).

El proceso de mitificación de Cortés y de sus gestas comienza desde la propia historia. Las palabras de Plinio, que Viera utiliza como cita erudita que antecede a su obra, *Quæ tam poetica, et quamquam in verissimis rebus tam fabulosa materia?* (¿Cuánta poesía y en cosas tan reales cuán fabulosa materia?), ya revelan esa fusión histórico-literaria. Desde los propios cronistas (López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo...), se fue creando la imagen legendaria de un Cortés adalid de los valores heroicos y ejemplarizantes. Ello generó luego una amplia literatura en los Siglos de Oro¹² que magnificaría –casi hagiografiaría podemos decir– la imagen del conquistador. El propio episodio, ocurrido en 1519, de las naves barrenadas para inutilizarlas, al objeto de mostrar a sus hombres que la retirada era inviable, fue convertido en la «quema» de naves, desde el cronista Juan Suárez Peralta. Subyace en ello la idea de un sincretismo histórico con otros personajes legendarios, en donde ya no interesa tanto el hecho objetivo, sino el hecho paradigmático. La historia se convierte así prontamente en literatura marcada con un fuerte cariz ejemplarizante.

Hay que relacionar, por otra parte, la composición del *Agatocles* con la época en la que se escribió y con la actuación apologética de los ilustrados españoles, en defensa de la cultura española ante los ataques de los franceses e italianos, y la superación de la leyenda negra de la conquista. La mentalidad ilustrada de Viera justifica la actuación de

¹² Vid. Winston A. Reynolds, *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, Centro Iberoamericano de Cooperación-Editora Nacional, 1978.

Cortés ante la existencia de una sociedad, la de los mexicas, marcada profundamente por las supersticiones y los sacrificios humanos, dadas las costumbres bárbaras, y gobernada por un rey tirano como Moctezuma. Cortés representa en este sentido la llegada de la civilización europea y la mentalidad de racionalidad, así como los valores del catolicismo, justificando a la par la política de la corona española en el Nuevo Mundo.

La rendición de Granada, por su parte, incide en estos mismos valores de exaltación de la monarquía, relatando uno de los episodios más representativos de la historia de España. En el poema se ensalzan igualmente los valores cristianos, frente a la religión musulmana. «Mal se aviene –apunta Victoria Galván– esta idea, ciertamente, con la supuesta apertura ideológica de los ilustrados y con la defensa a ultranza de la tolerancia religiosa de una figura mítica para Viera como es Voltaire»,¹³ pero es la postura habitual de nuestros ilustrados que abogan ante todo por una política de reformas, basada en el regalismo que quiere ante todo unir altar y trono, supeditando a los intereses de la Corona cualquier otro objetivo socio-político o cultural.

Nota a la edición

Los dos manuscritos autógrafos que forman parte de la presente edición se encuentran custodiados en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, mss. 28(1) [*El segundo Agatocles*] y 28(2) [*La rendición de Granada*]. Ambas obras, encuadradas conjuntamente en un mismo

¹³ *La obra literaria de José de Viera y Clavijo*, op. cit., p. 451.

libro, presentan una enumeración actual consecutiva a lápiz de 39 fols. (23h y 16h respectivamente). Hemos modernizado la grafía, según los criterios ortográficos actuales.

El *segundo Agatocles* fue publicado como apéndice documental en nuestro trabajo «Poesía épica e Ilustración española. La conquista de México, según un poema inédito de José Viera y Clavijo (1731-1813)»¹⁴ y luego lo insertamos, junto con *La rendición de Granada*, en nuestra reciente *Colección de Poesías*.¹⁵ *La rendición de Granada* figura asimismo en la *Antología poética* que Victoria Galván había publicado unos años antes.¹⁶

Por otro lado, para las notas eruditas relacionadas con temas mitológicos, se han utilizado, principalmente, dos obras de referencia: el *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal (2002) y el *Diccionario abreviado de la fábula* de Mr. Chompré (edición en español de 1783),¹⁷ obra contemporánea del propio Viera y Clavijo. Al objeto de dar una mayor amplitud histórica a los hechos tratados en los poemas de Viera, hemos utilizado igualmente referencias en notas a los textos de algunos cronistas de Indias

¹⁴ *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 51 (Michoacán, México, 2001), pp. 169-202.

¹⁵ José de Viera y Clavijo, *Colección de poesías*, ed. anotada de Manuel de Paz Sánchez, Puerto del Rosario, Cabildo de Fuerteventura, 2012, pp. 127-153 (*El segundo Agatocles*) y 154-171 (*La rendición de Granada*).

¹⁶ José Viera y Clavijo, *Antología poética*, Introducción y selección de textos de Victoria Galván González, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2009, pp. 36-54.

¹⁷ Se imprimió por Manuel de Sancha, en la capital de España y en la fecha indicada. Hemos utilizado la edición facsímil de Librerías París-Valencia, Valencia, 2000.

(Solís, Herrera) o de los historiadores de la conquista de Granada y de los Reyes Católicos (Zurita).

Bibliografía

- BRAMÓN, Dolors, *Una introducción al Islam: religión, historia y cultura*, Barcelona, 2002.
- CÁRDENAS DE LA PEÑA, Enrique, «Hernán Cortés y la navegación», en Alberto Navarro González (ed.), *Hernán Cortés. Actas del primer congreso Internacional sobre Hernán Cortés y de las primeras jornadas de colaboración Fuerzas armadas Universidad de Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986, pp. 95-123.
- DELGADO, Jaime, «Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX», *Revista de Indias*, XXXI-XXXII (1948), pp. 393-469.
- , «Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX», en *Estudios Cortesianos*, Madrid, CSIC, 1948.
- GALVÁN GONZÁLEZ, Victoria, «América en la obra de Viera y Clavijo: *El segundo Agatocles o Cortés en la Nueva España*», en *Homenaje al profesor Sebastián de la Nuez*, La Laguna, Universidad, 1991, pp. 135-143.
- , «El episodio de la destrucción de las naves por Cortés en dos autores del siglo XVIII: *Las naves de Cortés destruidas* de Nicolás Fernández de Moratín y *El segundo Agatocles o Cortés en la Nueva España* de José de Viera y Clavijo», *Revista de Filología*, X (La Laguna, 1991), pp. 195-204.
- , «Notas sobre *El segundo Agatocles o Cortés en la Nueva España*», en *IX Coloquio de Historia Canario-Americana*,

- t. II, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 1992, pp. 1139-1147.
- , *La obra literaria de José de Viera y Clavijo*, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 1999.
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel, *La Ilustración*, Santa Cruz de Tenerife, Centro de la Cultura Popular Canaria, 1988.
- MEDINA, José Toribio, *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*, Santiago de Chile, [Ed. Nascimento], 1952.
- NAVARRO GONZÁLEZ, Alberto, «Hernán Cortés en la literatura española», en Alberto Navarro González (ed.), *Hernán Cortés. Actas del primer congreso Internacional sobre Hernán Cortés y de las primeras jornadas de colaboración Fuerzas armadas Universidad de Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1986, pp. 515-537.
- PAZ SÁNCHEZ, Manuel de, «Poesía épica e Ilustración española. La conquista de México, según un poema inédito de José Viera y Clavijo (1731-1813)», *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 51 (Michoacán, México, 2001), pp. 169-202.
- REYNOLDS, Winston A., *Hernán Cortés en la literatura del Siglo de Oro*, Madrid, Centro Iberoamericano de Cooperación-Editora Nacional, 1978.
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José, «Los manuscritos poéticos que concurrieron al certamen académico de 1778», en *Varia bibliographica. Homenaje a José Simón Díaz*, Kassel, Reichenberger, 1988, pp. 579-594.

- VIERA Y CLAVIJO, José de, *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Goya, 1982, 2 vols.
- , *Antología poética*, Introducción y selección de textos de Victoria Galván González, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2009.
- , *Colección de poesías*, Ed. anotada de M. de Paz Sánchez, Cabildo de Fuerteventura, 2012.

El segundo Agatocles:
Cortés en Nueva España.
Poema épico en un canto
que concurrió a los premios
de la Academia Española
en 1778

*Quæ tam poetica, et quamquam in
verissimis rebus tam fabulosa materia?**

PLIN. lib. 8, Ep. 4

* «Cuánta poesía y en cosas tan reales cuán fabulosa materia?».

CANTO ÚNICO

Es tiempo de cantar vuestras grandezas;¹
españoles ¿qué hacéis? si está dormido
con opio mexicano de riquezas
aquel numen, que docto y aguerrido
os dictaba, ya rimas, ya proezas; 5
despertadle otra vez al mismo ruido,
y que me diga de esa Nueva España
a qué varón se debe y a qué hazaña.

¹ Se percibe la influencia de los salmos en este verso. En la traducción española de la Biblia, se lee en el salmo LVI, v. 10: «Aparejado está, Dios mío, mi corazón, aparejado está mi corazón, para todo lo que queráis hacer de mí: mas al mismo tiempo lo está también, para cantar vuestras alabanzas y grandeza» (*La Biblia Vulgata Latina. Traducida al español y anotada...*, por el ilustrísimo señor don Phelipe Scio de San Miguel, t. VII, Madrid, Hija de Ibarra, 1808, p. 405, 3ª edición). Massillon, en la paráfrasis moral del salmo XXVIII, v. 8, escribe: «no bastando yo solo para tributaros los agradecimientos que pide la grandeza del beneficio, quisiera, ¡oh Dios mío!, que todos los hombres hubieran podido correr conmigo a vuestro Santo Templo, y a los pies de vuestros Altares, para celebrar allí la gloria de vuestro nombre, y cantar las alabanzas de vuestra gracia» (Jean-Baptiste Massillon, *Paraphrasis moral de algunos psalmos*, Trad. de Pedro Díaz de Guereñu, t. IX, Madrid, Pedro Marín, 1778, p. 303).

No me ofrezcáis en el castalio coro²
la marcial trompa ni la tierna lira,³

10

² El coro de las musas, que es un tópico muy común en la tradición literaria. Figura, por ejemplo, en el Romancero (*Romancero General, en que se contienen todos los romances que andan impresos*, Madrid, Juan de la Cuesta, 1614, fol. 393v): «No admite el César disculpa / de aquel Español gallardo, / que del primero, y su yerno, / escribió el Farsalio estrago. / Aquel cuya digna sién / abraçó el glorioso lauro, / y a quien el Castalio coro / dotó con abierta mano». Otro ejemplo de la referencia al «castalio coro» se encuentra en el soneto LVIII «Flor de Apolo» de Miguel de Barrios, en el que se lee en la segunda estrofa: «Quando Amarilis con igual decoro / le dio cantando tan hermoso espanto, / que a su vista suspenso admiró el canto / siendo él Orpheo del castalio coro». Y, entre los grandes, véase este fragmento de Lope, en el canto I de «La Philomena», dedicado a doña Leonor de Pimentel: «Vos, Leonor ilustríssima, a quien tanto / debe España de honor, gloria y decoro, / sujeto digno de Apolíneo canto, / décima Musa del Castalio coro: / no despreciéis de Philomena el llanto, / y la dulce prisión en hierros de oro / haréis que estime, y de la verde selva / a los palacios, que aborrece, vuelva» (Lope Félix de Vega Carpio, *Colección de las obras sueltas, así en prosa, como en verso*, t. II, Madrid, Antonio de Sancha, 1776, p. 380).

³ El jesuita Urbano Campos traduce y comenta la oda V «Ad Agrippam» de Horacio: «Argumento. / Escribirá Vario tus guerras, o Agripa, mis versos solo se estienden a los amores, y combites». Con el siguiente epítome: «Vario, o Agripa, celebrará en verso heroico tu fortaleza, tus victorias, y las hazañas, que hizieron tus soldados por mar y tierra. Yo como humilde Poeta, ni escribo tan grandes asuntos, ni la ira de Aquiles, ni las navegaciones de Ulises, ni la casa de Pelope, no permitiendo mi encogimiento deslucir con mi poco caudal los blasones del César, y los tuyos. ¿Quién describirá cabalmente a Marte, o a Merión; o a Diomedes? Canto pues yo los combites, y amores». Los versos «Nec saevam Pelopis domum / Conamur, tenues grandia: dum pudor, / Imbellisque lyrae musa potens vetat» fueron traducidos «De Pelope: mientras que el encogimiento, / Y la [nota 9: Polihimnia] musa señora de la nota 10: Delicada, y no a propósito para escribir hazañas militares)

pues para asunto de tan gran decoro
es fútil la ilusión, vil la mentira;
verdad augusta, sola a ti te imploro,
que siendo tuyo el soplo que me inspira,
el calor blando, que en mi vena advierto, 15
hará fábula grata un hecho cierto.

Reinaba Mo[c]tezuma soberano,⁴
cuyo Estado formaba un hemisferio,
treinta caciques bajo de su mano,
juzgaban gloria el duro cautiverio 20
mas, aunque grave liberal y urbano,
no era tan grande rey como su imperio,
pues jamás conoció su alma insensata
del hombre el oro, ni el precio de la plata.

Tres mil damas el lecho le mullían, 25
tres millones de esclavos le temblaban;
los próceres descalzos le servían,
sus tesoros los ricos tributaban;
los pobres, si indigentes se veían,
abriéndose las venas sangre daban; 30
y se inmolaban veinte mil cautivos
a dos mil de sus dioses vengativos.⁵

tierna lira [nota 11: Prohíbe que yo con la rudeza de mi ingenio, &c.]
prohibe / Disminuir [...]» (Quinto Horacio Flaco, *Horacio español, esto es
obras de Q. Horacio Flaco, traducidas en prosa española...*, por el R. P. Urbano
Campos, León, Anisson y Posuel, 1682, pp. 15-16).

⁴ Moctezuma Xocoyotzin o Moctezuma II (1466-1520). Antonio de
Solís Rivadeneyra, el padre Feijoo y otros escriben *Motexuma*.

⁵ «Lo más que se pudo conseguir entonces –escribe Antonio Solís–
fue que dexasen los sacrificios de sangre humana, porque los hizo fuerza

Monarca, sin amigos ni prudencia,
en néctar de deleites anegado,
llamaba error la noble independencia 35
del tlascalteca, pueblo denodado;⁶
mientras que devorada de impaciencia
toda la infiel nación rogaba al hado,
para romper el yugo que la abruma
que hiciese desgraciado a Mo[c]tezuma. 40

lo que se oponían a la ley natural; y con efecto fueron puestos en libertad los miserables Cautivos, que habían de morir en sus Festividades, y se rompieron diferentes cárceles, y jaulas, donde los tenían, y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato» (Antonio de Solís Ribadeneira, *Historia de la conquista de México, población, y progresos de la América septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, Madrid, Bernardo de Villa Diego, 1684, p. 350).

⁶ Se alude aquí al espíritu de rebeldía de los tlaxcaltecas, pueblo que se negó a someterse al gran señor de México, respondiendo al dictado de los tenuchcas, según el capítulo XIII del historiador Diego Muñoz Camargo (1529-1599), que «Tlaxcala no os debe vasallaje, ni desde que salieron de las siete cuevas, jamás reconocieron con tributo ni pecho a ningún rey ni príncipe del mundo, porque siempre los tlaxcaltecas han conservado su libertad, y como no acostumbrados a esto, no os querrán obedecer, porque antes morirán [...]». Aliados de Cortés, apunta el franciscano fray Agustín de Vetancurt en relación con la ciudad de Cholula: «Los de Tlaxcala entraron haziendo carnicería, y matansa, saqueóse la Ciudad, tomaron los castellanos el oro, aunque se halló poco; la pluma, ropa, y sal los de Tlaxcala, corrió la nueva a Tlaxcala y vino con veinte mil guerreros Tlaxaltecas Xicotencatl, agradeció Cortez el socorro, y repartió con ellos del despojo, que llevaron a Tlaxcala» (*Teatro mexicano, descripción breve de los sucessos exemplares, históricos, políticos, militares y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias*, México, Maria de Benavides viuda de Iuan de Ribera, 1698, 3ª parte, tratado primero, p. 124).

A esta sazón la Fama, aquella harpía
de tantas alas, tantas bocas y ecos,
dijo: que por la parte donde el día
nace del golfo, cuando ya más huecos
forman en arco un seno o gran bahía 45
los montes de los indios chalchicoecos,⁷
unos monstruos pisaban las arenas
del aire grifos,⁸ si del mar ballenas.

Que estos navíos o canoas fieras
vomitaban allí de sus entrañas 50
ciertos hombres, deidades o quimeras
con trajes y figuras muy extrañas;
quienes, bebiendo el viento a las esferas

⁷ Es difícil que Viera tratara de referirse a los indios chalchitecos o chalchitekos, un grupo étnico maya, establecido en Chalchitán (Guatemala actual). Seguramente alude a un enclave histórico importante: Chalco. En efecto, con la llegada de Cortés, Chalco adquiere relevancia estratégica de primer orden, pues aquí se dieron los encuentros entre los emisarios mexicas con los españoles, además de constituir un punto de abastecimiento de víveres y bagajes. Chalco se convierte en aliado de los invasores, al objeto de sacudirse el asedio de los xochimilcas, pueblos de Tlahuac y de los mexicas, por lo que participan en las actuaciones militares que ponen fin a la hegemonía azteca. El significado toponímico de «Xalco-Atenco», procedente del náhuatl, es «lugar arenoso en la orilla o al borde del agua».

⁸ Aves fabulosas cuya cabeza está dotada de un pico de águila, y tiene poderosas alas y cuerpo de león. Según Grimal, estos seres «están consagrados a Apolo y vigilan sus tesoros contra las depredaciones de los arimaspos, en el desierto de Escitia, en el país de los Hiperbóreos. Otros autores los sitúan entre los etíopes, o incluso en la India». Además, «fábulas más recientes contaban que los grifos se enfrentaban con los buscadores de oro en los desiertos del norte de la India».

en brutos que surcaban las campañas,
daban motivo al más inteligente 55
de dudar si eran dos o era un viviente.⁹

Que el hombre al indio daba con sus ojos,
vibrando chispas, repentina muerte;
que con la diestra fulminaba abrojos
puesta en la brida la siniestra fuerte;¹⁰ 60

⁹ En algunas de las crónicas de la conquista de México, incluso se describe de forma precisa cómo los nativos tardaron en notar que el jinete y el caballo no eran un solo ser, y posteriormente que el caballo no era un venado gigante (Miguel Nicolás Carretta, «Un agente de cambio inesperado para los nativos americanos: el caballo» (<<http://www.eu-med.net/rev/tlatemoani/10/mnc.html>>, 09-11-2012).

¹⁰ Bajo el título de «Recibe Cortés nuevo socorro de gente y municiones...», escribe Antonio de Solís y Rivadeneyra en relación con la ayuda prestada a las huestes de Cortés por los marineros de un «navío mercantil de las Canarias», en los inicios de la conquista de México: «Corrían ya los fines del año mil quinientos y veinte, quando Hernán Cortés trató de introducir sus Armas en el País enemigo, y esperar en alguna operación las últimas disposiciones de sus empresa. Recibió pocos días antes un socorro de aquellos, que se le venían a las manos, porque le avisó el Governador de la Vera-Cruz, que había dado fondo en aquel parage un Navío mercantil de las Canarias, que traía cantidad considerable de arcabuces, pólvora, y municiones de Guerra, con tres Cavallos, y algunos Passageros, cuya intención era vender estos géneros a los Españoles, que andaban en aquellas Conquistas». Se indica, asimismo, que «pagábanse, ya las mercaderías en los Puertos de las Indias a precio excesivo; y el interés había quitado el horror a este género de comercio, distante, y peligroso, cuya noticia puso a Hernán Cortés en deseo de mejorar sus prevenciones, y embió luego un Comissario a la Vera-Cruz con barras de oro, y plata, y la Escolta, que pareció suficiente, ordenando al Governador, que comprasse las Armas, y las municiones en la mejor forma que pudiesse; y él lo executó con tanta destreza, y con tanto

quizá temiendo él mismo los enojos
de aquella bestia, que si bien se advierte,

crédito de la empresa en que se hallaba su General, que no solamente le dieron a precio acomodado lo que traían, pero se fueron con el mismo Comissario a militar en el Ejército de Cortés el Capitán, y Maestre del Navío, con trece Soldados Españoles, que venían a buscar su fortuna en las Indias. Assumpto, que andaba entonces muy válido, y que dura todavía en algunos, que anhelan a enriquecer por este camino, sin que baste la perdición de los engañados, para documento de los codiciosos». La llegada de este navío, en fin, resultó de gran interés para proseguir la empresa conquistadora: «Con este socorro, y los demás, que había recibido Hernán Cortés, fuera de toda su esperanza, entró en deseo de adelantar la marcha de su Ejército, y ya no era possible dilatarla, ni esperar a que se acabassen los Bergantines, porque iban llegando las Tropas de la República, y de los Aliados vecinos, en cuya detención se debían temer los inconvenientes de la ociosidad». Así, pues, Cortés «juntó sus Capitanes, para discurrir sobre lo que se podría intentar con aquellas fuerzas, que mirasse al intento principal, entretanto que se juntaban las que se habían movido, para emprender la recuperación de México; y aunque hubo diversos, pareceres prevaleció la resolución de marchar derechamente a Tezucó, y ocupar en todo caso aquella Ciudad, que por estar situada en el camino de Tlascala, y casi en la Ribera del Lago, pareció a propósito para la Plaza de Armas, y Puesto, que se podría fortificar, y mantener, assí para recibir menos dificultosamente los socorros, que se aguardaban como para infestar con algunas correrías la Tierra del Enemigo, y tener retirada poco distante de México, donde repararse contra los accidentes de la Guerra. Consideróse, que la gente que había llegado hasta entonces, sería bastante para este género de facciones; y aunque los canales, por donde se comunicaban con aquella Ciudad las aguas de la Laguna, parecían estrechos para la introducción de los Bergantines, se reservó para después la solución de esta dificultad, y quedó resuelto, que se abreviasse por instantes el plazo de la marcha» (Antonio de Solís y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México...*, op. cit, pp. 452-453).

impregna el aire al golpe de sus huellas
de relinchos espumas y centellas.

¿A quién no consternó tal maravilla? 65
Sonó el rumor por toda la comarca:
México teme, México, la silla
del vasto imperio, corte del monarca;
ciudad soberbia, que ensalzada brilla
sobre el lago de un agua dulce y zarca, 70
cuyas calzadas forman cuatro diques
sudor de los culúas¹¹ y caciques.

Túrbase Mo[c]tezuma y determina
(tan cobarde en virtudes como en vicios)
aplacar esta gente peregrina 75
con prendas de atención y beneficios,
queriendo más tenerla por divina
y hacerla como a dioses sacrificios,
que provocar en guerra contingente
una nación mortal, pero valiente. 80

A dos caciques fía el gran mensaje,
Teutillo y Pilpatito¹², campeones

¹¹ Como recoge la Crónica de Gómara: «Estando Cortés en Segura, llegaron a él unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente a decirle que se le daría con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no sólo les comían sus haciendas, sino que les cogían sus mujeres y les hacían otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca [...]» (Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 182).

émulos en valor honra y linaje;
en cofres de caoba y algodones
tre[s]cientos indios cargan el bagaje 85
de los perfumes y los ricos dones,
seguidos de cautivos aherr[oj]ados,
víctimas a las aras destinados.

«Ya veis (les dice) de cuán triste agüero
es esta novedad a mi corona: 90
el rebelde se muestra placentero,
el sueño, el cielo, todo me abandona;
yo a buscar al jefe aventurero,
y, obsequiado en mi nombre su persona,
pedidle con firmeza que se aleje, 95
que lleve el oro, que la tierra deje».

Dijo y, partiendo al punto la embajada,
no todos la creyeron oportuna,
pues ardió el polo en una noche helada,
ciñó un cometa la eclipsada luna; 100

¹² A Cortés llegaron los enviados de Pilpatoe y Teutile, que a su vez venían en nombre de Moctezuma, dice Solís: «Lo que dixeron aquellos Indios, quando llegaron a la presencia de Cortés, fue: *Que Pilpatoe y Teutile, governador el uno, y el otro capitán general de aquella provincia, por el grande emperador Motezuma, los embiavan a saber del capitán de aquella Armada: con qué intento avía surgido en sus Costas? Y a ofrecerle el socorro, y la assistencia, de que necessitasse para continuar su viage*» (Antonio de Solís y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México...*, op. cit., p. 71). El capítulo primero del libro segundo de esta obra de Solís se titula, precisamente, «*Vienen el general Teutile, y el governador Pilpatoe, a visitar a Cortés en nombre de Motezuma. Dase quenta de lo que pasó con ellos, y con los Pintores, que andavan dibujando el Exército de los Españoles*» (ibíd., pp. 74-75).

con temblores la tierra desquiciada
sacó de madre hirviendo la laguna;
y en el horror de tales convulsiones
suelen leer sus hados las naciones.¹³

Tiene un paraje México (¡qué encanto!) 105
en lo mejor del lago y su ribera,
donde fue diversión del cielo santo
juntar a un tiempo otoño y primavera;
el indio ocioso mira con espanto
flores y frutos, mies y sementera, 110
prende las aves y combate astuto
con anzuelo y saeta al pez y al bruto.

Un noble alcázar, pues, aquí descuella
esmero de las artes mexicanas;
la arquitectura es simple, pero bella, 115
van desnudas sus Gracias como indianas.

¹³ Solís (libro II, capítulo IV), puso el siguiente título: «*Refiérense diferentes prodigios y señales, que se vieron en México, antes que llegasse Cortés; de que aprehendieron los Indios, que se acercava la ruina de aquel Imperio*». Y, entre otras cuestiones, escribe: «Duró muchos días un cometa espantoso, de forma piramidal, que descubriéndose a la media noche caminava lentamente hasta lo más alto del Cielo, donde se deshazía con la presencia del Sob». Además, entre estos prodigios, «viose después en medio del día, salir por el Poniente otro Cometa, o Exhalación a manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corría velocísimamente, hasta desaparecer por el Orizonte contrapuesto: arrojando infinidad de centellas, que desvenecían en el ayre». Y, en fin, por si fuera poco: «La gran Laguna de México rompió sus márgenes, y salió impetuosamente a inundar la tierra: llevándose tras sí algunos Edificios, con un género de ondas que parecían hervores: sin que huviesse avenida, o temporal, a que atribuir este movimiento de las aguas» (ibíd., pp. 86-87).

La Fortuna con seno de doncella
llama al favor las almas cortesanas;
pero tan voluptuoso frontispicio
era por dentro un bárbaro edificio. 120

Veríais escoltando al alto trono
el vil recelo y pálida sospecha;
la traición, la calumnia, el abandono,
manchando en su ponzoña arpón y flecha;
de la superstición el cruel encono 125
bañando en sangre humana la derecha;
Y al rey, errante en alas de temores,
esperando los dos exploradores.

Vuelven en fin, y para aquella audiencia
toda la corte y la ciudad convoca; 130
Teutillo, haciendo humilde reverencia,
sobre un banco de jaspe se coloca;
solo el temor perturba su elocuencia,
y la atención pendiente de su boca,
en medio del silencio y del concurso 135
empezó a pronunciar este discurso.

Pues me mandáis, invicto Rey, que os diga
todo cuanto hemos visto y observado
en esta tropa ilustre y enemiga,
como quien sois, mostraos preparado 140
parte al asombro, parte a la fatiga;
y perdonad, si no es de vuestro agrado,
la relación que emprendo, o si la pena
mi débil voz anuda y me enajena.

Había perdido ya toda su frente 145
el astro de la noche, y cuatro soles
eran pasados, cuando con mi gente
pude avistar los bravos españoles
(así se llaman esos del Oriente,
blancos, con barbas, y de grandes moles) 150
y los hallé por fin en Zempoala
con Indios de Cholula y de Tlascalá.¹⁴

¿Cuál fue mi confusión a pocos pasos,
de que los que asustaban a millones
fuesen quinientos hombres bien escasos, 155
que fuesen hombres, y hombres con pasiones?
Mas hombres, gran señor, que en todos casos
manifiestan al mundo sus acciones,
que les dio el Sol su padre desde luego
cuerpos de pedernal y almas de fuego. 160

Recibíonos el jefe muy gozoso,
es su nombre *Cortés*, y ¡qué discreto
bajo de un velo afable y majestuoso
supo ocultar un corazón inquieto!
Acerqueme a sus pies, y con reposo, 165
que pareció pavor y era respeto,

¹⁴ «[...] ordenó que los Zempoales se acuartelasen fuera del poblado, y él entró con sus españoles en el lugar, donde tuvo aplausos de libertador, y le visitaron luego en su alojamiento el cacique Zimpazingo y otros del contorno, los cuales convidaron con su amistad y su obediencia, reconociendo por su rey al príncipe de los españoles, amado ya con fervorosa emulación en aquella tierra, donde le iba ganando súbditos cierto género de razón, que les suministraba entonces el aborrecimiento de Motezuma» (ibíd., p. 119).

le ofrecí en vuestro nombre el real presente,
y en alta voz, le dije lo siguiente:

El monarca de México, el triunfante
gran Mo[c]tezuma, poderoso y justo, 170
como un astro benigno y rey galante,
salud te envía de su solio augusto,
pidiendo solamente que al instante,
sin dolo ni pasión, le hagas el gusto
de explicarle el enigma de quién eres, 175
de do vienes, qué buscas y qué quieres.

Si eres un dios benéfico y propicio,
aquí tienes inciensos, oro y plata;
si eres un genio de siniestro auspicio,
he aquí víctimas prontas, hiere y mata; 180
y si eres hombre, como das indicio,
toma para el sustento fruta grata,
para el abrigo, regias vestiduras,
para el adorno, plumas y pinturas.¹⁵

Nosotros (respondió Cortés al punto 185
con un aspecto entonces más que humano)
no somos dioses, mas en el conjunto
de lo invicto, lo ilustre y castellano,
excedemos, sin duda, en todo asunto

¹⁵ «Mandó Teutile, que truxessen a la Barraca un regalo que tenía prevenido; y fueron entrando en ella hasta veinte o treinta Indios, cargados de bastimentos, ropas sutiles de algodón, plumas de varios colores, y una caja grande, en que venían diferentes piezas de oro, primorosamente labradas» (ibíd., p. 75).

a los dioses que teme el mexicano; 190
recibo con placer los donativos,
pero no inmolaré vuestros cautivos.

Que el Dios que adoro, el Dios a quien me humillo,
es Dios de amor y paz, no es Dios sangriento;
nuestro culto es augusto, más sencillo, 195
y el mismo Dios es hostia y alimento;
ven a ver por tus ojos, oh Teutillo,
aquello que no cree tu entendimiento,
pues por fortuna es hoy la vez primera
que bajará del cielo a esta ribera.¹⁶ 200

Era el altar un césped y una piedra;
el templo, veinte palmas, cuya nave
coronaba un festón de verde yedra;
el sacerdote, con el rostro grave,
que atrae a todos y a ninguno, arredra, 205
pan consagraba y un licor suave.
Confieso que al mirarme en tal santuario
me transporté de un raptó involuntario.

Así que se acabó la pura ofrenda,
lleno Cortés del Dios que había gustado, 210
nos dijo de la entrada de su tienda:
«Indios oíd, el cielo está enojado
con vuestro culto y religión horrenda.

¹⁶ «Querer que no fuese del agrado de Dios, y de su altísima ordenación la Conquista de las Indias, por este, o aquel delito de los Conquistadores, es equivocar la substancia con los accidentes», sentencia Solís (ibíd., p. 207).

La virtud, la razón, la fe, me han dado
poder de vindicar sus santas leyes 215
de falsos dioses y de injustos reyes».

Esto decía, cuando se acercaron,
con el horror grabado en el semblante,
algunos de los suyos y le hablaron;
él los escucha... piensa... y al instante 220
marcha con todos cuantos le encontraron
mandando lo sigamos, semejante
al más veloz deshecho torbellino,
que arrasa el campo, abriéndose camino.

Enderesose a nuestro adoratorio, 225
y ya sabéis cómo ninguno iguala
en las dos altas torres y el cimborio
de cráneos de hombres al de Zempoala;
era aquel el instante perentorio
en que el ministro, que furor exhala, 230
esgrimiendo el cuchillo, lo asestaba
al corazón del indio, que temblaba.

«Detente matador (clamó subiendo
el héroe pronto por las treinta gradas).
Para... qué estás fanático ofendiendo 235
la humanidad, y al cielo desagradas»;
y, metiéndose al punto entre el tremendo
sacerdote y las víctimas atadas,

le manda renunciar al sacrificio,
o que le arrojará del precipicio.¹⁷ 240

Al ver este espectáculo increíble,
como el golfo que el ábrego¹⁸ embravece,
cuyo tumulto de olas es terrible,
murmura el pueblo, se amotina y crece;
pero Cortés, escollo inaccesible, 245
que el mar salpica y a su pie fallece,
con los ojos, la voz, la acción, la espada,
dejó la multitud muda y pasmada.

Parece que aún le veo, cuando ordena,
inflamada de ardor su noble cara, 250
que sus huestes hiciesen la faena
de demoler los ídolos y el ara;
¡Dioses, yo os vi rodar sobre la arena!

¹⁷ «Concurrió en esta sazón una de las Festividades más solemnes de sus ídolos: y los zempoales se juntaron (no sin algún recato de los españoles), en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana; cuya horrible función se executava por mano de los sacerdotes, con las ceremonias, que veremos en su lugar. Vendíanse después a pedazos aquellas víctimas infelices, y se compravan, y apetecían, como sagrados manjares. Bestialidad abominable en la gula, y peor en la devoción. Vieron parte de este destroz algunos españoles, que vinieron a Cortés con la noticia de su escándalo, y fue tan grande su irritación, que se le conoció luego en el semblante la piadosa turbación de su ánimo» (ibíd., p. 121).

¹⁸ Viento procedente del suroeste (Atlántico), templado, relativamente húmedo y portador de lluvias.

¿Templo, tú no caíste? ¡Ah! ¡Quién pensara
que el gran Vitzilipuztli omnipotente¹⁹ 255
se dejase insultar impunemente!

¿Podré yo hablar? ¿Podré explicar ahora
las ansias y sorpresas de aquel día?
¿Al cruel ministro que su afrenta llora?
¿Al cautivo que tierno bendecía 260
la mano tutelar y bienhechora?
¿Al vulgo infiel que en bandos se partía?
No lo diré, Señor, ni me lo mandes,
pues me llaman objetos aún más grandes.

Todavía duraba bien profundo 265
en nuestro pecho atónito aquel sueño
de un hombre, que venido de otro mundo
mandaba a nuestros dioses como dueño,

¹⁹ «En el mes de mayo, hacían los mexicanos su principal fiesta de su dios Vitzilipuztli, y dos días antes de la fiesta, aquellas mozas que dijimos arriba que guardaban recogimiento en el mismo templo y eran como monjas, molían cantidad de semilla de bledos, juntamente con maíz tostado, y después de molido, amasábanlo con miel, y hacían de aquella masa un ídolo tan grande como era el de madera, y poníanle por ojos unas cuentas verdes, o azules o blancas, y por dientes unos granos de maíz, sentado con todo el aparato que arriba queda dicho; el cual después de perfeccionado, venían todos los señores, y traían un vestido curioso y rico, conforme al traje del ídolo, con el cual le vestían; y después de muy bien vestido y aderezado, sentábanlo en un escaño azul, en sus andas, para llevarle en hombros. Llegada la mañana de la fiesta, una hora antes de amanecer, salían todas estas doncellas vestidas de blanco, con atavíos nuevos, y aquel día las llamaban hermanas del dios Vitzilipuztli [...]» (Joseph de Acosta, *Vida religiosa y civil de los indios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 72).

cuando de un espectáculo segundo,
queriendo hacer alarde el extremeño, 270
dispone que las tropas de su tierra
nos den la horrible imagen de la guerra.

Ellas se presentaron a la vista
sobre aquellos fogosos animales,
a cuya intrepidez no hay quien resista. 275
¡Oh qué esclavos tan fieros! ¡Qué leales!
No permitan los cielos que te embista
la espada, ni el fusil de esos metales,
que cambian por el oro sin cordura,
el oro, autor de nuestra desventura. 280

Ojalá que no escuches los bramidos
de otra máquina aleve y retumbante
que aturde entorpeciendo los oídos
y que eructando un humo rutilante
en bostezos cien veces repetidos, 285
lanza la piedra y rayo devorante;
fatal ventaja, máquina funesta,
que algún trasgo maligno les apresta.²⁰

²⁰ «Respondieron luego a una seña de Cortés los Arcabuzes, y poco después la Artillería: creciendo (al passo, que se repetía, y se aumentava el estruendo) la turbación, y el assombro de aquella gente, con tan varios efectos, que unos de dexaron caer en tierra; otros empezaron a huir, y los más advertidos afectavan la admiración, para dissimular el miedo». Luego, añade Solís, se reconoció que los pintores «dibujaban unos la gente armada, y puesta en esquadron; otros los cavallos en su exercicio, y movimiento: figuravan con la llama, y el humo el oficio de la Artillería, y pintavan hasta el estruendo con la semejanza del rayo; sin omitir alguna de aquellas circunstancias espantosas,

Figúrate la nube que pequeña
suele abortar de su preñado seno 290
relámpago fugaz, que se despeña
de valle en valle, donde dobla el trueno,
a cuyo horror se esconde por la breña
el gamo incauto de pavores lleno;
tal es el indio nuestro cuando escucha 295
el choque de estas armas y la lucha.

¿Viste también el Orizaba fiero,
cuando en sus erupciones más se irrita,
que estremece este reyno todo entero
y azufre, pómez, lava y pez vomita, 300
por ser la fragüa donde un dios guerrero
forja centellas, Cíclopes concita?
Pues así, el español con sus hechizos
sabe encender volcanes movedizos.

Bien presto las falanges se despliegan, 305
se reúnen, se atacan, se retiran,
y aparentan que danzan, o que juegan
cuando más se ensangrientan y conspiran
los golpes de sus armas siempre llegan
adonde nuestros arcos jamás tiran, 310
que, aunque pongamos a las flechas alas,
con mayor rapidez vuelan las balas.

¡Los indios, ah! Por una injusta suerte
sabemos romper cráneos, truncar cuellos,

que hablaban más derechamente con el cuidado de su rey» (Antonio de Solís y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México...*, op. cit., pp. 77-78).

sabemos arrostrar y dar la muerte, 315
pero no la sabemos dar como ellos...
Al decir esto, dio un suspiro fuerte
Teutillo, y con las manos y cabellos,
ocultando su llanto y su tristeza,
puso entre las rodillas la cabeza. 320

Reinó el silencio... y todo el real palacio
miraba atento al Rey... El Rey confuso,
después de meditarlo muy despacio,
hizo seña al cacique, según uso,
extendiéndole el cetro de topacio; 325
y, con voz animada, le propuso
que acabase de hablar sin cobardía,
pues él mandaba y el valor oía.

Mas Teutillo callaba; y Pipaltito,
desarrollando un lienzo, donde había 330
pintado con primor muy exquisito
naves, caballos, gente, artillería,
trajes, armas, libreas... alzó el grito,
y dándolo al Monarca, le decía:
Dejad Señor que, mudo ya el cacique, 335
hable este cuadro, y que él nos justifique.²¹

²¹ Solís recoge también, como se indicó más arriba, el pasaje de los pintores nativos que tomaban apuntes de la situación y, sobre todo, de las características de los invasores: «Andavan a este tiempo algunos Pintores Mexicanos, que vinieron entre el acompañamiento de los dos Gobernadores, copiando con gran diligencia (sobre lienzos de algodón, que traían prevenidos, y emprimados para este ministerio) las Naves, los Soldados, las Armas, la Artillería, y los Cavallos, con todo lo demás, que

Y si supiese yo como estas gentes
dar cuerpo a los conceptos, pintar voces,
mis trasuntos quizá más elocuentes
harían palpable el mal que no conoces; 340
mas ved aquí que en las más agrias fuentes,
mojando los pinceles más atroces,
he suplido con dosis de amargura
la expresión que faltaba a la pintura.

Mirad trazado el turbulento ceño 345
y el arte destructor de estos titanes
con jugo de mandrágora y beleño,
con tósigo de sierpes y alacranes;
es de sangre y de llanto aquel diseño,
esta sombra, betún de los volcanes, 350
y el incendio, que allí veis imitado,
las ascuas de un carbón lo han dibujado.

se hacía reparable a sus ojos: de cuya variedad de objetos, formaban diferentes payses de no despreciable dibujo, y colorido». Matiza también Solís que «nuestro Bernal Díaz se alarga demasiado en la habilidad de estos Pintores: pues dize, que retrataron a todos los capitanes, y que iban muy parecidos los retratos. Passe por encarecimiento, menos parecido a la verdad; porque dado que posseyessen con fundamento el Arte de la Pintura, tuvieron poco tiempo, para detenerse a las prolixidades, o primores de la imitación». Finalmente indica que «hazíanse estas pinturas de orden de Teutile, para avisar con ellas a Motezuma de aquella novedad: y a fin de facilitar su inteligencia, iban poniendo a trechos algunos caracteres, con que, al parecer, explicavan, y davan significación a lo pintado» (Antonio de Solís y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México...*, op. cit., p. 76).

Entonces los curiosos cortesanos,
para formar del cuadro clara idea,
extendiendo los cuellos y las manos, 355
pusieron en desorden la asamblea;
pero Teutillo, en fin, que a sus paisanos
dar un informe más cabal desea,
dirigió la palabra a Mo[c]tezuma,
y cobrado el aliento, dijo en suma. 360

Antes que el español nos despidiera,
cargados de insidiosas bujerías,
nos arengó a los dos de esta manera:
«Yo solo hablaba todos estos días
en nombre de mi Dios, pero ya fuera 365
frustrar vuestras ventajas y las mías,
el no decir que soy también enviado
del mayor Rey que el orbe ha respetado.

Carlos, que impera con amor y gloria,
donde tiene la aurora el rojo lecho, 370
que ocupa al mundo, lleno de su historia,
y a quien un mundo solo venía estrecho;
honrando la amistad y la memoria
de Mo[c]tezuma, vuestro Rey, ha hecho
que por golfos intactos me transporte 375
para obsequiarle en México su corte».²²

²² «Acabado el banquete, llamó Hernán Cortés a sus intérpretes, y no sin alguna entereza, dixo: *Que su venida era a tratar con el emperador Motezuma, de parte de Don Carlos de Austria Monarca del Oriente, materias de gran consideración, convenientes, no solo a su persona y estados, sino al bien de todos*

No le dejé decir, porque al momento
me acordé, Gran Señor, de vuestro encargo;
le advertí que era osado tal intento,
arduo el camino, peligroso y largo 380
que será para vos mayor contento
verlos volver por ese lago amargo,
servidos de sirenas y tritones,
llevando nuestro afecto y vuestros dones.²³

Pero Cortés insiste y se abalanza 385
a la presa que tiene ante los ojos,
audaz Neblí,²⁴ cuya feroz pujanza
no contrarrestan súplicas ni enojos;
hacia aquí vuela ya con la esperanza

*sus vasallos: para cuya introducción necesitaba de llegar a su Real presencia: y esperaba ser admitido a ella, con toda la benignidad, y atención, que se debía a la misma grandeza del Rey, que le embiava. Torcieron el semblante ambos gobernadores a esta proposición: oyéndola, al parecer, con desagrado» (Antonio de Solís y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México...*, op. cit., p. 75).*

²³ Tras obsequiar a Cortés, Teutile por medio de los intérpretes, «de dixo: *Que recibiese aquella pequeña demostración, con que le agassajavan dos esclavos de Motezuma; que tenían orden para regalar a los estrangeros, que llegassen a sus costas; pero que tratassen luego de proseguir su viage: llevando ententido, que el hablar a su Príncipe, era negocio muy árduo; y que no andavan menos liberales en darle de presente aquel desengaño; antes que experimentasse la dificultad de su pretensión» (ibíd.).*

²⁴ Ave de rapiña que mide veinticuatro centímetros desde el pico hasta la extremidad de la cola y sesenta de envergadura. Tiene plumaje pardo azulado en el lomo, blanco con manchas grises en el vientre y pardo en la cola, que termina con una banda negra de borde blanco, pico azulado y pies amarillos. Por su valor y rápido vuelo era muy estimado para la cetrería.

de amontonar laureles y despojos, 390
penetra por poblados y desiertos,
deja atrás sus bajeles y tus puertos.²⁵

Esto escuchaba el Rey desaborido,
su grave aspecto lívido y sudado,
que es tirano muy tímido el temido, 395
y el feliz siente más ser desgraciado;
y volviendo la vista enternecido
al sacerdote, que miró a su lado,
solicitó con expresiones mudas
oráculo encontrar a tantas dudas. 400

Contestole el pontífice allí mismo
como un hombre inspirado y en demencia
sus canas, su dolor, su fanatismo,
daban al entusiasmo vehemencia...
«Hijo de Axaycacin,²⁶ en el abismo 405
de una noche de grima y turbulencia,
yo presumí evocar la negra sombra
del dios del mal, que Cuatzalcóatl se nombra.²⁷

²⁵ «Replicole Cortés con algún enfado: *Que los reyes nunca negaban los oydos a las embaxadas de otros reyes; ni sus ministros podían, sin consulta suya, tomar sobre sí tan atrevida resolución: que lo que en este caso les tocava, era avisar a Motezuma de su venida: para cuya diligencia les daría tiempo; pero que le avisassen también, de que venía resuelto a verle, y con ánimo determinado de no salir de su Tierra, llevando desairada la representación de su rey*» (Antonio de Solís y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México...*, pp. 75-76).

²⁶ Xicohtécatl Āxāyacatzin (1484-1521), héroe tlaxcalteca enemigo de los españoles.

²⁷ Se ha indicado que Quetzalcóatl representa la dualidad propia de la condición humana: la «serpiente» es cuerpo físico con sus limitaciones, y

Sacrificaba el corazón caliente
de una doncella joven y amorosa, 410
cuando lo vi mostrarse de repente
vestido de una nube tempestuosa:
¡Oh! ¡Cuán mudado en todo y diferente
de su estatua preexcelsa y orgullosa!
Las melenas y el rostro ensangrentado, 415
el cetro roto, el trono derribado.

¡Oh tú (exclamé), oh tú inmortal escudo
del imperio de México!, ¿qué es esto?
¿Qué mano impía maltratarte pudo?
¿Cómo has estado sin venir más presto 420
a preservarnos del amago rudo
de este infausto enemigo que, molesto
contra nosotros, contra ti se ensaña
y a México pretende traer la España?

las «plumas» son los principios espirituales. También se le conocía como Nahualpiltzintli o «príncipe de los nahuales». Se asocia este nombre, además, con los mesías mesoamericanos y los sumos sacerdotes de la religión tolteca. El dominico Fr. Gregorio García (*Origen de los indios de el Nuevo Mundo, e Indias Occidentales*, Madrid, Francisco Martínez Abad, 1729, 2ª ed., p. 262), hablando de los orígenes míticos de la población amerindia, escribe: «su caudillo Quetzalcoatl (que desde aquel tiempo tuvo gran veneración en Nueva España) era blanco, y barbado, hombre de industria, e inteligencia, que huyendo de Huemac, rey de Tula, se retiró a Cholulla, donde habiéndose casado con las Naturales sus compañeros, embió a poblar después las provincias de los Tzapotecas, la de Huaxyacac, o Guaxaca, las Mixtecas Alta y Baja, y otras; todo lo referido concurría en los Irlandeses, y autoriza esta opinión: aunque más la que hace antiquísimos a los Indios, pues halló tantos Quetzalcoatl quando llegó, que le fue preciso buscar tierra donde poblar, y vivir quieto».

No me responde, sino que, exhalando 425
con íntimo dolor un gran gemido,
iah!, si esa gente (dice), si ese Hernando
no se vuelve en la armada en que ha venido,
México feneció, su Rey, su mando,
la libertad del indio mal unido, 430
mi altar y honor, tu influjo y predominio,
cumpliéndose el eterno vaticinio.

Ve a Melinalco,²⁸ haz que los prodigios
de cincuenta hechiceros que eligieres,
en esa tropa infundan con prestigios 435
terror del indio, amor a los placeres;
que entre ellos hallan bandos y litigios,
deseo de su patria y sus mujeres,
sed de agotar las ondas de otros mares,
de ver sus hijos, de adorar sus lares. 440

Esto me dijo, huyendo de mi vista,
cual un tifón al silbo de los vientos;
y pues el mismo cielo que os contrista
os da, Señor, recurso en los tormentos,
contraponed a Hernán y su conquista 445
todo el poder de los encantamientos,
y hechizando con dones sus canoas,
obligadle a tornar al mar las proas».

Todo el congreso aprueba este dictamen,
y Mo[c]tezuma ordena a sus lictores 450

²⁸ Malinalco, población situada al sur de México, a dos horas de México D. F.

que adivinos y arúspices se llamen,²⁹
que vuelvan otra vez embajadores
y en la presencia de Cortés derramen
regalos más opimos y mejores,
hasta empeñarle en fin, a que se vaya, 455
zarpando sus bajeles de la playa.

«Y cuando el mal cercano que sentimos
llegare a los más críticos extremos,
si como mexicanos combatimos,
y hacemos la defensa que podemos, 460

²⁹ «Motezuma, entretanto durava en su irresolución, desanimado con el malogro de sus ardidés, y sin aliento para usar de sus fuerzas», convocó a «una Junta de sus Magos, y Agoreros: profesión muy estimada en aquella Tierra, donde avía muchos, que se entendían con el Demonio [...]. Propúsoles, que necessitava de su habilidad, para detener aquellos Estrangeros, de cuyos designios estava rezeloso. Mandóles que saliesen al camino, y los ahuyentassen, o entorpeciessen con sus Encantos [...]. Esta orden se puso en execución, y con tantas veras, que se juntaron brevemente numerosas quadrillas de Nigrománticos, y salieron contra los Españoles, fiados en la eficacia de sus conjuros, y en el imperio, que, a su parecer, tenían sobre la Naturaleza». Afirma Solís que, según el padre Joseph de Acosta y otros autores fidedignos, cuando llegaron «al camino de Chalco, por donde venía marchando el Exército, y al empezar sus Invocaciones, y sus Círculos, se les apareció el Demonio, en figura de uno de sus ídolos, a quien llamavan Tezcatlepuca, dios infausto, y formidable», que venía «como despechado y enfurecido». Postráronse todos, continúa Solís, para darle adoración, y él les dijo: «*Ya, Mexicanos infelices, perdieron la fuerza vuestros conjuros, ya se desató enteramente la trabazón de nuestros pactos. Dezyd a Motezuma, que por sus Crueldades, y Tiránias tiene decretado el Cielo su ruyna*» (Antonio de Solís y Rivadeneira, *Historia de la conquista de México...*, op. cit., pp. 210-211).

nos quitarán la tierra en que nacimos,
mas no la tierra en que morir debemos...».
Dijo el Monarca, y para prepararse,
al palacio del luto fue a alojarse.

Triste mansión, que fabricó el quebranto 465
del azabache y ébano más puro,
donde, echando la noche un negro manto,
solo penetra su atezado muro
la débil luz que basta en algún tanto
para ver las tinieblas, y al oscuro 470
un rey en la aflicción, que sin arneses,
de adelfas se corona y de cipreses.

Entre tanto, Cortés no revolvía
en su gran corazón menor proyecto
que el de rendir tan vasta monarquía 475
y dar impulso al desmedido efecto;
de Tabasco domada la osadía,
ganado en Zempoala el buen afecto,
andaba maquinando allá consigo
ser de Tlascalá vencedor y amigo. 480

Tlascalá, que en el nuevo continente
era nueva república de [e]scitas,
libre y ufana, bárbara y valiente,
Le opone al paso huestes infinitas;
ve Cortés el peligro y no lo siente; 485
habla a sus tropas y hállalas marchitas;
Fama, cuéntame ahora, ¿por qué medio
entró en los españoles aquel tedio?

¿Dime cómo la magia americana
pudo con sortilegios y conjuros 490
suscitar la discordia y su manzana
en pechos que el valor hizo seguros?
¿Cómo Furia tan vil, desde La Habana,
vino a soplar sus hálitos impuros
contra Cortés en el partido entero 495
de aquel Velázquez, su rival austero?

La Discordia, que siempre había envidiado
las glorias de la Hesperia y sus Alcides,³⁰
tras ellos, sin rubor, se había embarcado
con Colón y los otros adalides 500
en la América entera había sembrado,
al pie de los laureles negras lides,
para volcar de sus triunfantes carros
los Almagros, Corteses y Pizarros.

Con pasos de gigante se apresura 505
al campo formidable de la Europa,
y a todo malcontento que murmura
le da a beber veneno de su copa.
Todos claman al punto: «¡Qué locura!
Osar batir tan numerosa tropa, 510
querer salvar tan dilatados yermos
quinientos hombres, y los más enfermos!».

A pesar de tan público improprio,
el caudillo bogando en dulce calma,
pensaba dar a España un nuevo imperio, 515

³⁰ Heracles (Hércules).

al Evangelio más frondosa palma,
añadir a la tierra otro hemisferio,
infundir en los indios mejor alma,
y a fuerza de virtudes y conquistas
de Antípodas triunfar y antagonistas. 520

Como otro Orfeo, meditaba él solo
forzar el reino del Plutón avaro,
y que en más rico aurífero Pactolo³¹
bebiese el español el metal raro;
que las hijas de Palas y de Apolo 525
allí tuviesen filiación y amparo
cuando Marte sin casco ni trofeo,
entregase a Mercurio el caduceo.³²

En estas circunstancias sobrevino
el nuevo embajador de Mo[c]tezuma 530
con grana, gomas, perlas, oro fino,
muchas piedras preciosas, mucha pluma;

³¹ Río cerca de la costa egea de Turquía. En la Antigüedad era famoso por su oro.

³² Significa, «vara de olivo adornada con guirnaldas». La llevaban los heraldos. Como Mercurio (Hermes) tenía esa condición (heraldo y mensajero de los dioses, según la mitología grecorromana), se le concede de manera singular el caduceo, pero las guirnaldas son sustituidas por dos serpientes, que aluden a la fábula, según la cual este Dios vio luchar a dos serpientes y las separó pacíficamente con el caduceo. Las dos serpientes entrelazadas representan el número ocho, y también simbolizan el equilibrio entre fuerzas antagónicas. Según la mitología griega, el caduceo era un bastón o cayado de oro que le fue regalado a Hermes por Apolo a cambio de la flauta del dios Pan, la siringa, convirtiendo el caduceo en el símbolo del heraldo de los dioses del Olimpo.

algodón delicado como lino,
pieles de armiño blancas como espuma;
y habiéndolo ofrecido a Cortés todo, 535
le dijo con firmeza y grato modo:

«Ya veis Señor con qué munificencia
mi Rey responde a la amistad del vuestro,
mas advertid que de su real presencia
os aparta un presagio harto siniestro: 540
volveos a embarcar con diligencia
o pasareis por enemigo nuestro;
idos Cortés, dejad estas orillas,
huyan de vuestros ojos nuestras villas».

Mientras que la sin par bella Marina³³ 545
(la Venus de Cortés y la Minerva
que aún su propio país creyó divina)
la arenga interpretaba sin reserva;
lo que en su corazón él determina,
sagaz lo oculta a toda la caterva; 550

³³ Los españoles lograron la victoria gracias a la superioridad de armas y en especial al temor que los nativos tenían a los caballos. Una vez vencidos, los mayas chontales entregaron como prenda de paz veinte mujeres, entre las que se encontraba una esclava de nombre Mallinalli Tenépatl, la que fue bautizada como Marina, quien se convirtió en intérprete a partir de entonces. Jerónimo de Aguilar tradujo del español al maya, y doña Marina del maya al náhuatl para comunicarse con los mexicas. Años más tarde Cortés tuvo un hijo con doña Marina. Todos los pueblos por los que pasaron los conquistadores conocieron a Marina, a quien llamaron *Malintz'in*, y también a Jerónimo de Aguilar, pues siempre estaban como intérpretes al lado de Hernán Cortés. Debido a ello se referían a Cortés como *Malintz'ine*, con el significado de *amo de Malintz'in*.

y vuelto al indio, que tenía delante,
le respondió risueño y arrogante.

Mañana, al punto que el Oriente abierto
saliera el Sol con nuevos atavíos,
estaréis apostado sobre el puerto 555
con todos vuestros peones y los míos;
allí veréis el orden y concierto
con que me aguardan urcas y navíos,
pues será aquél el último momento
que os dará a conocer todo mi intento. 560

Apenas el crepúsculo reyaba
bordando el éter de oro y de bermejo,
y la trémula luz reverberaba
en todo el mar como en flexible espejo;
ya el mexicano con su escolta estaba 565
sobre la alta ribera, y al reflejo
del nuevo día, viendo el horizonte,
rompió el silencio y dijo desde el monte:

«¡Oh feliz tiempo aquel, no tan remoto,
en que los ojos de mayor viveza 570
le daban a este piélago por coto
el estrecho Non Plus de su flaqueza!
Aquel, en que el indiano más piloto,
creyendo cielo y agua de una pieza,
juzgó que, navegando en su piragua, 575
llegar podría al cielo por el agua».

Luego inmutado, y la atención suspensa
en lo bajeles surtos de la armada,
que presentaba una arboleda densa
florida toda, toda empavesada; 580
«¡Cuánta canoa, dijo, y cuán inmensa
es su estructura fuerte y encorvada!
Decidme, duros leños, ¿quién se atreve
a doblaros así, cual junco leve?

¿Quién levantó los cedros eminentes 585
y los supo vestir de alas y colas?
¿Cómo en la agitación de las corrientes
pueden las naves conducirse solas?
¿Cómo los soplos de aires diferentes
les abren el camino por las olas? 590
Céfiros, si amaináis, hoy serán vientos
los suspiros del indio y los alientos».

Estaba en esto aquella gente absorta,
cuando llega Cortés con sus armados
y a las embarcaciones los transporta... 595
Todos los indios, todos los soldados
de la opuesta facción, facción no corta,
con tales apariencias deslumbrados,
quedaron persuadidos que se irían,
y dando alegres voces lo aplaudían. 600

Mas ved aquí que de repente Hernando
(¡quien de pecho mortal tanto esperara!)
por urcas y galeotas va mandando

que Ancora, Antena, Jarcia, Botavara,
todo se fuese a prisa despojando, 605
y que a pique la flota allí se echara...
Al punto (¡escena cruel!) se experimenta,
en gran serenidad, ruda tormenta.

Caen los pendes, hiéndese la quilla,
salta el timón, destrózase el costado... 610
Y, al advertir tan triste maravilla,
fenómeno en un puerto no observado,
confusas las Nereidas en la orilla,
Neptuno en sus cavernas asombrado,
temen al hombre, de quien son testigos, 615
que quiere naufragar y entre enemigos.

¿Qué hiciste entonces tú, nigromancia
para salvar las naves de las rocas?
Invocabas la calma y acudía,
tirada de delfines y de focas: 620
una sostiene el buque que se abría,
otra le abraza por cerrar las bocas...
Velo Cortés, se ofende, gime, y luego
a las Sirtes y al agua añade el fuego.

Corre furioso el Héctor castellano 625
encendida una antorcha en la derecha,
como a las naves griegas el troyano;
síguenle sus atletas con la mecha
de Cástor y de Pólux en la mano,
y cada cual sobre la flota se echa 630

de honor picado, de entusiasmo lleno,
yendo delante el santo, hijo del trueno.

Así, como la trágica pavesa
que un águila arrebató en dos tizonas,
prende en el soto, cunde y nunca cesa 635
atizada de recios aquilones;
así rechina el fuego, haciendo presa
en la seca montaña de galeones,
y convierte sus selvas movedizas,
como el Vesubio, en pinos de cenizas. 640

Cubría el humo todavía el puerto,
cuando vuelto Cortés al real cacique,
que estaba del espanto casi muerto,
le dijo así: «¿Queréis que más me explique?
Contad a Mo[c]tezuma cómo es cierto 645
que he echado mis bajeles aquí a pique,
que no puedo salir ya de esta tierra,
y que me espere allá, o en paz o en guerra.

Y vosotros íberos, ya estáis viendo
que guarda a vuestro honor el mar la espalda; 650
que en México la gloria está ofreciendo
a vuestras frentes su inmortal guirnalda;
que yo os llevo a triunfar y que pretendo
tengáis por presa la perla y la esmeralda;
marchad, venced, gozad de estas regiones, 655
y con la cruz alzad vuestros pendones».

Entonces, del dolor y amargo celo,
dio tan ronco clamor la idolatría
que retumbó la bóveda del cielo;
corrió el monstruo fatal por la bahía, 660
con ceño torvo y arrastrado vuelo,
a acantonar la dura tiranía
de su solio infernal y sanguinario
en la opaca región del lago Ontario.

«México fue (gritaba) su dominio, 665
su antiguo lustre, su opulencia extraña
debió finar, según el vaticinio,
por un héroe que obrase tal hazaña;
todos verán, después de su exterminio,
tan pingües tierras hechas Nueva España; 670
y que la España, cuya fama crece,
otros Méxicos Nuevos establece.

Mo[c]tezuma *el sañudo*, ya el postrero,
más que en las dichas, ínclito en las penas,
se verá sobre el trono prisionero, 675
cautivo y rey, con cetro y en cadenas;
sus vasallos, con raro desafuero,
le matarán, rasgándole las venas,
y empezarán con pompa a dominarlos
grandes Felipes, religiosos Carlos. 680

Y ese Cortés, que abrasa sus bajeles
Agatocles mejor de esta Cartago,

para que Fénix de cenizas crueles
renazcan bergantines sobre el lago;
sepa que de sus triunfos y laureles 685
será el noble trofeo, el mayor pago,
que en el Pindo español esta se estime
por su acción más gloriosa y más sublime».

FIN

La rendición de Granada.

Romance endecasílabo
que concurrió al certamen de
la Real Academia Española
en el año de 1779

*Bellum ingens geret (Hispania) populosque feroces
Contundet, moresque viris et mœnia ponet.**

Aeneid. Lib. 1, 255

* En realidad se trata de los vv. 263-264 del libro I de *La Eneida* de Virgilio: «te libraré en Italia [Viera cambia a España] una gran guerra y a pueblos feroces golpeará e impondrá a sus hombres leyes y murallas».

Para cantar las últimas proezas
con que el valor y la piedad cristiana
supieron debelar la gente mora,
que siete siglos cautivó la España:¹

Desciende Apolo, y del laurel eterno 5
con que ceñiste las cervices sacras
de Isabel y Fernando, a tu poeta
ponle un verde pimpollo por guirnalda.²

Haz que cuente los bandos y discordias 10
que minaron los muros de la Alhambra,³

¹ «A estos bienes heredados añadió el Rey Cathólico otros nuevos bienes adquiridos: conquistando gloriosamente el Reyno de Granada, que por más de siete Siglos había sido asiento de los Moros» (Enrique Flórez, *Clave historial, con que se abre la puerta a la historia eclesiástica, y política...*, Madrid, Manuel Fernández, 1743, p. 284).

² El poeta pide la inspiración de Apolo, dios de la poesía, de la medicina, la música y las artes. Estaba al frente de las nueve musas y habitaba con ellas en los montes del Parnaso, Helicón, Pierio, y en las orillas de los ríos Hipocriné y Permeso, donde pacía el caballo alado Pegaso, que les servía para montar.

³ «A este tiempo se originaron en Granada las discordias civiles, con que los ciudadanos echaron de la Corte al Rey *Albobacen*, y pusieron en

el tesón español, la gloria augusta
de sus ínclitos héroes y sus armas.

Del gran rey vengador de don Rodrigo,⁴
la heroína despique de la Cava,⁵

su lugar a su hijo *Mahomad Boabdil*, llamado el Rey Chiquito: y discordes estos Partidos entre sí, y concordés contra los Christianos, pelearon con diversa fortuna, maltratando y maltratados en diferentes refriegas con los nuestros, hasta que en una fue preso el Rey Chiquito: pero en fin se le dio libertad con ventajosos ajustes, para que fuese fomento a las parcialidades de los bárbaros, y aventajarse los nuestros con la división de los contrarios» (Enrique Flórez, op. cit., pp. 284-285).

⁴ Rodrigo o Roderico, rey visigodo de Hispania entre marzo de 710 y julio de 711, fue vencido por los musulmanes en la batalla de Guadalete, en la que desapareció. Su derrota terminó con el reino visigodo de Toledo. Vid. Pedro del Corral, *La cronica del rey don Rodrigo y dela destruycion de España y como los moros la ganaron: nueuamente corregida: contiene... muchas bivas razones y auisos prouechosos...*, Valladolid, Nicolas Tierri, 1527. El rey vengador de Don Rodrigo es, obviamente, Fernando el Católico.

⁵ Refiérese a Isabel la Católica. La leyenda de la Cava está profundamente enraizada en la tradición, en el romancero y la identidad de España. Don Diego de Mendoza escribe, en relación con las etimologías del nombre de Granada: «Otros, que de una cueva a la puerta de Bibataubín morada de la Cava hija del Conde Iulián el traidor i de Nata, que era su nombre proprio, se llamó Garnata la cueva de Nata. Porque el de la Cava todas las historias Arábigas afirman, que le fue puesto por haver entregado su voluntad al Rei de España don Rodrigo; i en la lengua de los Alárabes Cava quiere dezir muger liberal de su cuerpo». Más adelante añade: «la torrezilla, i la torre de Roma recreación de la Cava Romana hija del Conde Iulián el traidor: todo poblaciones de los soldados que acompañaron a Baccho en la empresa de España» (*Guerra de Granada hecha por el rei de España don Philippe II, nuestro señor contra los Moriscos de aquel reino, sus rebeldes*, Lisboa, Giraldo de la Viña, 1627, pp. 3, 53). En el Romancero los ejemplos son muy numerosos. «Si dicen quién de los dos / La mayor culpa ha tenido, / Digan los hombres «La

la conquista del reino más florido,
la toma de la célebre Granada.

15

Cava» / Y las mujeres “Rodrigo”». Se aclara en nota, además, que «Cava se traduce: *mala mujer*, y parece muy impropio que Rodrigo galantease a su querida con un apodo, que después adquirió por haber sido causa de la pérdida de España». Otro romance pone de relieve cómo el monarca se muestra incapaz de hallar la paz sin la presencia de su amada, que se funde con la naturaleza y está presente de continuo en sus pensamientos: «Entrégome en estas plantas, / Cava, por poner olvido, / Y ellas mismas me acrecientan / La memoria y el peligro; / Que viendo estas verdes ramas / Veo el rostro peregrino / De esos bellísimos ojos / Que son de mi pena olvido» y concluye «Y no es bien qu’estas memorias / Quiten el libre albedrío, [...] teniéndote, Cava, sola / Por mi bien y paraíso/», etc. El romance nº 591 trata, a su vez, de cómo la Cava escribió a su padre su afrenta y le pide venganza, ya que el rey Rodrigo, según explica, la había violado al enamorarse apasionadamente de ella, mientras ejercía como dama de compañía de la reina en la corte (Agustín Durán, *Romancero general, o colección de romances castellanos*, t. I, Madrid, BAC, pp. 401-404). Por su parte, Benito Jerónimo Feijoo (*Ilustración apologética al primero, y segundo tomo del Teatro Crítico, donde se notan más de cuatrocientos descuidos al autor de el Antitheatro...*, Madrid, viuda de Francisco del Hierro, 1739, pp. 69-70), escribe en el discurso XVI-20, intitulado «Defensa de las mugeres», en relación con este asunto y con la polémica que sostuvo con Mañer: «En el número 18 empiezan los que el señor Mañer llama descuidos. Dice en este número, que es contradicción, habiendo yo negado en el número 8 de mi Discurso, que la Cava fuesse causa de la pérdida de España, llamarla después *ruina de España* en el número 21. Si el señor Mañer huviera estudiado algo de los distintos géneros que hay de causas, y hecho juntamente reflexión sobre el contexto, en que están introducidas las dos proposiciones, no hallaría alguna contradicción en ellas... En el número 8 negamos que la Cava fuesse causa eficiente physica, ni moral de la pérdida de España... En el número 21 la reconocemos causa ocasional puramente objetiva, en la qual no hay influxo culpable. Esto consta assimismo del contexto, pues se trata allí del daño, que puede ocasionar en los hombres la hermosura contemplada puramente como objeto».

Ya aquel Imperio, que fundó en la Meca
el Profeta caudillo de la Arabia,⁶
por cuyo trono tanto compitieron
los califas abásidas y omiadas:⁷ 20

Aquel coloso,⁸ que oprimiendo el mundo
con la robusta mole de su carga,
puso en el Tigris la soberbia frente,⁹
y en el Ebro y el Betis las dos plantas.

Cediendo lentamente al fuerte choque, 25
al ardimiento y cortadora espada
de los Pelayos, Sanchos y Ramiros¹⁰
sobre el Genil sangriento titubeaba.

Ya Málaga rendida y Orihuela,
vencida ya Almería, Loja y Baza, 30
el torrente de chusma sarracena
era refluo allá en la Mauritania.

⁶ Muhammad, en deformación de las lenguas vernáculas: Mahoma.

⁷ *Abasíes*: referidos a la dinastía sunní de Abu-l-Abbás, quien destronó a los califas omeyyas de Damasco y trasladó la corte primero a Kufah (756) y después a Bagdad, desde 762 a 1258. Los omeyyas pertenecían a la dinastía árabe sunnita que se instaló en Damasco en 661 y, después de su derrocamiento por los abasíes, pasaron a gobernar Al-Andalús hasta 1031, dotando a la España musulmana de un desarrollo esplendoroso en todos los órdenes.

⁸ En alusión al propio Imperio islámico.

⁹ Precisamente por establecer la capital abasí en Bagdad.

¹⁰ Resume el proceso de reconquista a través de las dinastías de monarcas asturianos, leoneses y castellanos.

Cuando Fernando e Isabel su esposa,
 feliz Mavorte,¹¹ venturosa Palas,¹²
 en quienes de Aragón y de Castilla 35
 se unieron los leones y las barras.

Reclutando sus huestes vencedoras;
 y juntando los hijos de la Fama,
 Córdovas, Silvas, Ponces y Mendozas,¹³
 nobles apoyos de la fe y la patria, 40

plantaron sus pendones y sus tiendas
 en medio de la vega dilatada,
 vergel ahora do Pomona¹⁴ ríe,
 campo entonces de horrores y de talas.¹⁵

¹¹ Es decir, Marte. Alude a Fernando el Católico.

¹² Epíteto ritual de la diosa Atenea, a la que frecuentemente se la nombra Palas Atenea. Refiérese a Isabel I de Castilla.

¹³ Nobles que participan, junto a los monarcas, en la conquista de Granada. Se lee en Ferreras un listado de los nobles que dirigen las tropas, entre otros los condes de Cabra y de Feria, don Pedro Henríquez y don Hurtado de Mendoza, García Fernández Manrique, el conde de Ureña, don Alfonso de Aguilar, el conde de Benavente, etc. (Juan de Ferreras, *Histoire générale d'Espagne*, Trad. de Vaquette d'Hermilly, t. VIII, París, Gisse, 1751, p. 57).

¹⁴ Diosa de las frutas y de los jardines. Según P. Grimal, era la ninfa romana que velaba sobre los frutos. Tenía un bosque sagrado, el Pomonal, en el camino de Roma al puerto de Ostia. Un flamen cuidaba de su culto. Los poetas le atribuyen aventuras amorosas y la presentan, con frecuencia, como esposa del rey Pico. Según Ovidio y, siguiéndole, Chompré, estaba desposada con Vertumno, una divinidad relacionada con el ciclo de las estaciones y la fecundidad de la tierra.

¹⁵ Refiérese Viera a su época, en comparación con la de la conquista, en la que, en efecto, se llevaron a cabo talas espantosas de frutales, tal como

Su abuelo San Fernando desde el cielo,¹⁶ 45
puestos los ojos en los dos monarcas,
bendiciendo los reales españoles,
daba auxilio a la empresa que admiraba.

Granada tiembla, aquella corte hermosa,
defendida de altísimas murallas, 50
de mil torres e insignes fortalezas,
de baños, de jardines y cascadas.

Todo lo noble, todo lo lucido
de la antigua potencia musulmana
cifrado estaba allí, y en sus almenas 55
treinta mil moros sin cesar velaban.

narra Jerónimo Zurita (año 1491): «Después salió el Rey con su ejército un sábado a ocho del mes de julio, para continuar la tala de las huertas: y entró con todo él, por la parte de Albolote: y començose a hazer muy rezia la tala en las viñas y olivos; y los moros salieron por lo espesso de su olivar, a rayz de la sierra: y nuestra gente, que yva desmandada en la delantera, travó allí escaramuza con ellos: y fue tan apretada, que en poco rato les entraron el olivar, y los Moros se pusieron en huyda... Fue esta muy señalada jornada: y la mayor tala, que se hizo después que llegó allí el Rey, a poner su real: y en la escaramuça se halló en el campo el Rey de Granada con los primeros: y uvose de recoger dentro de la ciudad, a rienda suelta... y murió en la pelea un cavallero del reyno de Valencia, que se dezía don Ramón de Rocaffull: que se puso en lugar donde quedó atajado: y lo alancearon los Moros: y estuvo a vista de todo ello, el embaxador del Rey de Francia; y quedó maravillado del modo de pelear: y del esfuerzo, y osadía de los Moros» (*Los cinco libros postreros de la segunda parte de los anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Domingo de Portonariis y Ursino, 1579, fols. 367r-367v).

¹⁶ Fernando III el Santo (1199-1252), rey de Castilla y de León. Bajo su reinado fueron conquistadas a los musulmanes las ciudades de Córdoba, Sevilla, Jaén y Murcia. En 1671 fue canonizado por Clemente X.

El dulce clima del benigno cielo,
el blando lujo, la opulencia varia,
las justas, la jineta, el galanteo,
el amable atractivo de las damas. 60

Todo influía a hacer de aquella corte
la corte de la Europa más bizarra,
todo inspiraba un aire voluptuoso
opuesto a la dureza castellana.

Sin embargo, Granada, ni tu lujo, 65
ni el valor del cristiano, ni las tramas,
fueron tu perdición. ¡Ah! Todavía
tú reinarías, orgullosa Alhambra;

si la guerra civil, la guerra impía
entre tu misma stirpe coronada, 70
robando la prudencia a tu gobierno,
no embotase sus bríos y tus lanzas.

Reinaba Boa[b]delí,¹⁷ que solo huyendo
en su familia la fatal matanza,

¹⁷ *Mahomad Boabdil*, como dice el padre Flórez. «Ganaron a Granada los Reyes llamados Cathólicos Fernando i Isabel después de haver ellos, i sus pasados sojuzgado i echado los Moros de España en Guerra continua de 774 años –escribe Mendoza–, i quarenta i quatro Reyes; acabada en tiempo, que vimos al Rey último Boabdélí (con grande exaltación de la Fe Christiana) desposeído de su Reino i Ciudad, i tornado a su primera Patria allende la mar» (Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada, que hizo el rei D. Felipe II, contra los moriscos de aquel reino*, Valencia, Benito Monfort, 1776, p. 9).

de Albo-Hascen¹⁸ su padre, sobre el trono débil y tributario se sentaba. 75

Y sucesor de Abderramán el fuerte,¹⁹ del altivo Almanzor,²⁰ del gran Hiaya,²¹ con el nombre injurioso de *Rey Chico*²² era reconocido, y no sin causa. 80

¹⁸ *Albobacen*, como apuntaba también el padre Flórez. «Antes de que concluyese[n] las grandes guerras y diferencias que avía entre Castilla y Portugal, embió el Rey Muley Albobacen mediado el año de mil y quatrocientos y setenta y ocho, sus embaxadores a don Fernando y doña Isabel Reyes de Castilla, que al tiempo se hallavan en Sevilla, donde pidiendo las treguas, de que en tiempo del Rey don Henrique su predecesor avían gozado, fuéles respondido, que darían, con que pagassen el tributo devido, que los Reyes de Granada sus passados solían pagar a los de Castilla de antigua costumbre [...]» (Estevan de Garibay y Çamalloa, *Compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reynos de España...*, t. IV, Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1628, p. 410). Es decir, Abū al-Hasan ʿAlī ben Saad, rey de Granada, llamado Muley Hasan o, por los cristianos, Muley Hacén. Accedió al trono en 1464, padre de Boabdil, que le privaría del trono en 1482. Falleció en 1485.

¹⁹ Abderramán I, «el emigrado» (Abd al-Rahman I al-Dahil), nació en un lugar próximo a Damasco (Siria) en el año 731 y murió en Córdoba en el 788. Era nieto del califa Hisham. Primer emir omeya de al-Andalús.

²⁰ Almanzor (Abu ʿAmir Muhammad ben Abi ʿAmir al-Maʿafirí), 938-1002, caudillo del califato de Córdoba y hayib o chambelán de Hisham II.

²¹ Ci Hiaya el-Nayyar (c 1432-1506), primo de Boabdil y cuñado de El Zagal. Walí de Almería (1480), entregó Baza a los cristianos (1489), se le bautizó pasando a llamarse Pedro de Granada. Alguacil mayor de Granada (1500) y alcalde de Baza.

²² *Boabdil*. Abū ʿAbd Allāh «az-Zughbî», Mohammed ben Abi al-Hasan ʿAlī, miembro de la dinastía nazarí, llamado por los cristianos Boabdil o Boabdil el Chico, que pasó a la historia con el sobrenombre de «el Desdichado».

Odioso nombre a todo granadino,
después que persiguió su padre y patria,
después que fue cautivo de Castilla,
y después que en asedios y campañas,

dejó que Mahomet-Zagal²³ su tío, 85
víctima fuese de su astucia infausta;
así de Boabdélí decirse pudo
que, reinando tal rey, nadie reinaba.

¡Cuál fue su turbación, cuál el conflicto 90
de la inmensa ciudad, cuando bloqueada
no pudo recibir ningún socorro
ni por Motril ni por las Alpujarras!

Al cielo solo hallaban paso libre
las voces que el dolor multiplicaba,
cuyos tristes tumultos aturdían 95
el Albaicín y toda Vivarrambla.

Así como al impulso del ojeo,
viéndose en opresión la imbécil caza,
demuestra con bramidos e inquietudes
la aprehensión del mal que le amenaza, 100

²³ Pactó con Boabdil, quien quedó al mando de la ciudad de Alhambra, mientras que él fue reconocido como señor de las ciudades de Málaga, Almería y Guadix. Cuando cayó Málaga, en 1489 se declaró vasallo de los Reyes Católicos y les entregó las ciudades de Almería y Guadix. En 1491 pasó a Fez, fue encarcelado y el emir ordenó que fuera privado de la vista.

Así la opresa Ilíberis²⁴ gemía
de que su libertad, su honor, su gala,
su religión, su vida y sus haberes
en tan mísero asedio peligraran.

Llenó el temor de infieles las mezquitas, 105
y Boabdelí, devoto en la borrasca,
luego que el manto de la noche oscura
cubrió de horror y grima la comarca.

Para hacer la oración a su Profeta,²⁵
saliendo solo por la puerta falsa, 110
baja al jardín, en donde se veían
los sepulcros de toda su prosapia.²⁶

²⁴ Ilíberis o Iliberi, núcleo de población de origen ibérico. Se desarrolló en época romana y desapareció tras la creación de Al-Ándalus. Su ubicación se la disputan Granada y Medina Elvira. Viera alude, con toda probabilidad, al origen remoto de Granada.

²⁵ Es llamativo este error de Viera, ya que se le presupone un mínimo conocimiento del Islam. Como explica Dolors Bramon, es habitual, pero obviamente incorrecta «la falsa suposición de que los musulmanes siguen a Mahoma, suposición que debió originar la denominación de mahometano», por emulación con los seguidores de Cristo > cristianos, en tanto que Cristo, como una de las tres personas de la Trinidad, sí es Dios, pero, según la teología islámica Dios utilizó a un hombre, Muhammad (que significa «lleno de alabanzas»), para la difusión de la Revelación, doctrina que se recoge en *El Corán* (Dolors Bramon, *Una introducción al Islam: religión, historia y cultura*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 21). El Profeta no podía, por tanto, ser objeto de adoración como lo es Cristo entre los cristianos, conceptos que Viera confunde, no sabemos si de forma deliberada.

²⁶ Esta oración, a juzgar por la hora que apunta Viera, sería la de la noche (Isha), que comienza cuando desaparece el crepúsculo y termina a

Con paso lento llega a los cipreses,
entra en la fuente, bañase en el agua;
vuelve a salir, sintiendo allá en el pecho 115
que el corazón turbado palpitaba.

Y a la pálida luz que, en las tinieblas,
unas lámparas lúgubres brotaban,
quiso, leyendo el Alcorán sublime,²⁷
oráculo encontrar a dudas tantas. 120

Mas a este tiempo, de repente escucha
que gime el búho, que los perros ladran,
y que la tierra, en parte estremecida,
conmueve las antorchas y las plantas.

Ve que de aquel sepulcro con estruendo 125
la sombra de su padre se levanta,
lívido el rostro, enfurecido el ceño,
manchada en sangre la melena y barba.

Detente, injusto padre, le decía,
¿aún me persigues muerto?, ¿no bastaba 130
haberme libertado de tus celos
en aquel día de tu furia amarga,

medianoche. Pero el lugar es inadecuado, es decir, en principio estaría prohibido orar cerca de tumbas.

²⁷ Corán (del árabe *al-Qur'an*, la Recitación), según la obra citada de Bremon. Se trata del Libro sagrado de los musulmanes que contiene la Revelación hecha en lengua árabe al profeta Muhammad y predicada por este entre los años 610 y 632. El Islam considera que es la palabra de Dios.

en aquel día, detestable al mundo,
cuando por los amores de una esclava,
a todos mis hermanos, hijos tuyos, 135
en un punto truncaste las gargantas?

«Ojalá (respondió la triste sombra),
ojalá que, triunfando tu madrastra
de los abencerrajes, no pudiesen
salvar tu vida, ni burlar mi saña. 140

Ojalá que esta losa te cubriese,
pues no hubiera llegado tu arrogancia
a destronarme, a hacerme guerra viva,
ni a maquinár mi muerte desastrada.

No hubieras sido esclavo y prisionero 145
del rey infiel, a quien pagaste parias,
ni contra Mahomet-Zagal tu tío
hubieras ministrado indignas armas.²⁸

²⁸ El padre es, obviametne, Muley Hacén. Una de las leyendas más conocidas sobre este rey de Granada fue que Isabel de Solís, una noble castellana que había sido apresada en una incursión nazarí, le enamoró perdidamente, hasta el punto de que, convertida al Islam con el nombre de Zoraya, se convirtió en esposa y favorita, provocando enfrentamientos con la sultana Aixa, madre de Boabdil. La rebelión interior, en fin, contó con el apoyo de los abencerrajes y las masas del Albaicín. Como se indicó antes, cedió el trono a su hermano El Zagal. Según otra leyenda se le enterró secretamente en el Mulhacén, para estar alejado de las miserias humanas, pero nunca se ha encontrado su tumba. En tal caso, empero, es difícil que pudiera estar inhumado en los jardines de Granada como sugiere Viera.

Tu extremada inacción y tu indolencia,
tu cobardía, tu maldad, tu infamia 150
han perdido el imperio: ya estás viendo
cómo te cerca la española audacia...

Levántate de ahí, ve, no malogres
los momentos preciosos en demandas:
yo he venido a tu auxilio, y del Averno 155
las infernales Furias con cien hachas.

Han puesto fuego al Real del enemigo,
que va a ser pasto de voraces llamas:
junta tu gente, y acomete al punto
mientras este fracaso los embarga». 160

Al decir esto se cerró el sepulcro;
mueren las luces; huye la fantasma;
y alzando al cielo Boabdélí los ojos
ve la atmósfera roja e inflamada.

Con aquel resplandor sube a una torre; 165
mas, ¡oh Dios, qué espectáculo le pasma!
Todo el campo cristiano era una hoguera,
imagen de Sagunto o de Numancia.

Ya ve volar las chispas y pavesas,
oye el clamor de trompas y de cajas, 170
mira por entre el humo y los hollines
errantes los espectros y las larvas.

Baja al instante: excita a los dormidos,
corónanse de moros las murallas;
y, disponiendo una salida pronta, 175
se abren las puertas y se toca al arma.²⁹

¿Quién podrá referir al mismo tiempo,
de nuestros Reales la sorpresa y ansia,
cuando las centinelas gritan: ¡fuego!
¡Fuego! La tienda de Isabel se abrasa... 180

Todo fue confusión: Fernando al punto
salta del lecho, y solo con la espada³⁰
el campo corre, adonde ya le siguen
el conde de Tendilla³¹ y el de Cabra.³²

²⁹ Zurita también describe con detalle, en el epígrafe LXXXIX, el fuego «que se encendió en el real», y dice: «Sucedió luego un caso tan peligroso, que puso en aventura de recibir los vencedores algún muy notable daño: al mismo tiempo, que se tenía cierta confianza, que era fenecida la guerra. Porque el lunes siguiente en la noche, después de averse recogido el Rey temprano a dormir, determinado de ir el Martes a la tala, quedando la Reyna rezando sus horas, en un retrete de los de la ramada, se encendió una sávana, y en un instante ardió la ramada. Creció tanto el fuego con la furia del viento, que aquella noche hazía, que no uvo remedio para poderse apagar» (Jerónimo Zurita, op. cit., fol. 367v).

³⁰ «Y salió el Rey a la calle en camisa con una adarga, y una espada; y las coraças en el brazo: creyendo que era rebato de Moros» (ibíd.).

³¹ «Sur le fin de Mai les Rois Don Ferdinand & Doña Isabelle sortirent de Sancta-Fe, laissant à Grenade le Père Ferdinand de Talavera, qui en étoit désigné Archevêque, & le Comte de Tendilla» (Juan de Ferreras, op. cit., t. VIII, p. 130).

³² «Juan Pérez de Valenzuela el Valiente, IX Señor de esta Villa, regidor de Baena, veinticuatro de Córdoba, uno de los capitanes de más señalado valor militar de su tiempo en la Frontera contra moros, en las discordias

Y al oír un tropel, ven que la Reina, 185
de aquella Troya más feliz Casandra,
en brazos del de Moya, nuevo Eneas,
seguida de sus damas, se alejaba.³³

Tendido el pelo, bella sin adorno,
medio vestida con las simples galas 190
de una mujer hermosa, a quien el susto
hace salir del sueño y de la cama.

«No hay que temer (les dijo) estos incendios.
Son de nuestras victorias luminarias,
y, si al reflejo el granadino acude, 195
cual mariposa perderá las alas».

Entre tanto se escucha allá a lo lejos,
sobre las centinelas avanzadas,

civiles, y en toda la conquista del Reino de Granada, aunque fue siempre más aplaudido de animoso y esforzado capitán, que de prudente, lo que también notaron en su primo hermano Rodrigo de Narváez, I alcaide de Antequera» (*Casa de Cabrera en Córdoba: obra genealógica histórica*, Córdoba, Juan Rodríguez, 1779, p. 400).

³³ «Y quando vio el fuego, hizo salir fuera a la Reyna con la Infanta doña Iuana: porque el Príncipe estava en otra tienda: y sacóle un escudero en camisa: y creyendo que el fuego se puso por los Moros, le llevaron a la estancia del Conde de Cabra. Púsose el Conde de Cabra con toda su gente, y con la de su primo don Alonso de Montemayor, en guarda del Príncipe: al rostro de los enemigos: porque estava a la salida del real: y salió luego el Rey al campo a la parte de Granada, y todo el ejército empos dél, porque el fuego fue tan terrible, que no se pudo apagar [...]» (Jerónimo Zurita, op. cit., fol. 367v).

en medio de las luces y tinieblas
el confuso rumor de una batalla. 200

Mucho choque de picas y broqueles,
tanto atabal morisco y algazara,
que retumbando por la vaga esfera,
los ecos repitió Sierra Nevada.

Cuéntame Musa, ahora, ¿quién detuvo 205
en noche tan horrible la pujanza
del agareno activo? ¿Quién le ha muerto
los mejores guerreros de su plaza?

Fue del duque de Cádiz esta gloria,
eterno monumento de su hazaña; 210
fue del gran capitán, que con braveza
ordenó sus legiones sin tardanza.

Y aún la fama pregona que fue visto
en la refriega el gran patrón de España,
vibrando el sacro rayo de su diestra, 215
y amedrentando la morisma osada.³⁴

Así se opuso el cielo a las astucias
con que el infierno socorrió a Granada,
y así las llamaradas de la quema
fueron de nuestros bríos llamaradas. 220

³⁴ «Salió el Duque de Cádiz la vía de Granada, quando más ardía el fuego con tres mil de cavallo: y púsose en el puesto, por donde se esperaba el mayor peligro, si los Moros acometieran el real, en aquel rebato, y en tanta turbación» (ibíd., fols. 367v-368r).

Es verdad que una próspera alegría
ocupó la ciudad mahometana,
porque al mirar el campo de los Reyes
sin provisiones, tiendas ni cabañas,

esperaba que el trágico enemigo, 225
a quien aquel presagio amenazaba,
desistiría de la ardiente empresa,
y alzando el sitio, volvería la espalda.

Mas ved aquí que el necio regocijo 230
se convierte en asombro a la mañana,
cuando, en lugar de campamento, observan
que una nueva ciudad se levantaba,

con sólidos cimientos y edificios,
bien ceñida de almenas y de tapias,
defendida del fuego, sol y lluvias, 235
haciendo de cuartel y de campaña.

Tal era *Santa Fe*, que nuestra Reina,
en vez de real, mandó se edificara,
y que creció más pronto que la espuma,
como por arte de prodigio o magia.³⁵ 240

³⁵ «Passaronse el Rey, y la Reyna a las tiendas del Arçobispo de Sevilla, porque donde hizo el fuego el daño, se començaron a edificar a gran furia casas: en que el Rey, y la Reyna se aposentassen: y tenían acordado de levantar el cerco: porque en principio del mes de Setiembre se pensava el Rey partir: y por esta causa davan gran prissa en la obra de la villa» (ibíd., fol. 368r).

¿Viste, tal vez, en cristalinas nubes
fenómeno sin par, donde copiadas
nuevas ciudades se engañaba el mundo
creyendo original lo que era mapa?

Pues, al contrario, aquí todos decían 245
que eran vana ilusión aquellas casas,
hasta que Santa Fe fue una evidencia
que robó al musulmán toda esperanza.³⁶

³⁶ «El rey don Fernando, escribe Pérez de Hita, asentó su Real y le fortificó con gran discreción, conforme práctica de milicia, y en una noche se hizo allí un Lugar en cuatro partes partido, quedando en Cruz, el cual tenía cuatro puertas, y todas se veían estando en medio de las cuatro calles. Hizose esta población entre cuatro grandes de Castilla, y cada uno tomó su cuartel a su cargo. Fue cercado de un firme baluarte de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo que parecía una firme y blanca muralla, toda almenada y torreada, que era cosa de ver, que no parecía sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro día por la mañana, cuando los moros vieron aquel Lugar hecho y tan cerca de Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El rey don Fernando como vio acabado el Lugar con tan grande perfección, le hizo Ciudad, y le puso por nombre Santa Fe, y la dotó de muchas franquicias y privilegios, de los cuales hoy gozan». Añade Pérez de Hita, como acostumbra, un romance relacionado con el suceso, al que pertenecen estos versos: «Cercada está Santa Fe, / con mucho lienzo encerado, / alrededor muchas tiendas / de seda, oro y brocado. / Donde están duques y condes, / señores de grande estado, / y otros muchos capitanes, / que lleva el rey don Fernando. / Todos de valor crecido, / como ya lo habéis notado / en la guerra que se ha hecho / contra el granadino Estado [...]» (Ginés Pérez de Hita, *Historia de los vandos de los cegries, y abencerrages, cavalleros moros de Granada, y de las civiles guerras que hubo en ella, hasta que el rey don Fernando el Quinto la ganó*, Barcelona, Lucas de Bezàres, 1757, pp. 514-516).

Allí fueron entonces los sollozos,
allí el furor, la pena y zalagarda: 250
¿Una ciudad para conquistar otra?
¿De un campamento se hace ya morada?

Varias veces los moros pretendieron
salir formados a campaña rasa,
y provocar las castellanas tropas 255
a una acción decisiva y temeraria.

Pero Fernando, que rendir quería,
sin combates, asaltos ni emboscadas,
un pueblo que, anegado en las delicias,
no pudiera vivir sin la abundancia, 260

esperaba que el hambre y la miseria,
la desesperación y la inconstancia,
postrando lentamente su denuedo,
los trajese a sus pies pidiendo alafia.

Solo aprobaba alguna escaramuza 265
entre las dos naciones empeñadas,
campo glorioso, en donde el ardimiento
con la sangre brotó robustas palmas.

Al pie de aquellos muros, ¡cuántas veces
midió el valor la juventud gallarda! 270
¡Los valientes Guzmanes y Toledos,
los bravos Algaceles y Azanagas!

Y tú, Mendoza que, al mostrar tu escudo,
donde el *Ave María* se cifraba,³⁷

³⁷ Es bien otro, según el romance que recoge Pérez de Hita, el origen del emblema del «*Ave María*» y su empleo en una justa entre moros y cristianos. En cualquier caso, continúa así: «Cuando a las nueve del día / un moro se ha demostrado / encima un caballo negro, / de blancas manchas manchado. / Cortados ambos hocicos, / porque lo tiene enseñado / el moro, que con sus dientes / despedace a los cristianos. / El moro viene vestido / de blanco, azul y encarnado, / y debajo esta librea, / traía un fuerte jaco, / Y una lanza con dos hierros / de acero muy bien templado, / y una adarga hecha en Fez / de un ante rico estimado. / Aqueste perro con befa, / en la cola del caballo, / la sagrada AVE MARÍA / llevaba haciendo escarnio; / Llegando junto a las tiendas, / desta manera ha hablado: / cuál será aquel caballero, / que sea tan esforzado, / Que quiera hacer conmigo / batalla en aqueste campo? / Salga uno, salgan dos, / salgan tres, o salgan cuatro. / El alcaide de los donceles, / salga, que es hombre afamado: / salga ese conde de Cabra, / en la guerra experimentado: / Salga Gonzalo Fernández, / que es de Córdoba nombrado; / o si no Martín Galindo, / que es valeroso soldado. / Salga ese Portocarrero, / señor de Palma nombrado; / o el bravo don Manuel / Ponce de León llamado / Aquel que sacó el guante, / que por industria fue echado / donde estaban los leones, / y él le sacó muy osado, / y si no salen aquestos, / salga el mismo rey Fernando, / que yo le daré a entender / si soy de valor sobrado. / Los caballeros del rey, / todos le están escuchando, / cada uno pretendía / salir con el moro al campo. / Garcilaso estaba allí, / mozo gallardo esforzado, / licencia le pide al rey [...].», que no le fue concedida. No obstante, el joven Garcilaso acaba arremetiendo contra el moro y triunfando en la pelea. «Comienza la escaramuza / con un furor muy sobrado. / Garcilaso aunque era mozo, / mostraba valor sobrado, / Dióle al moro una lanzada/ por debajo del sobaco, / el moro cayera muerto, / tendido le había en el campo. / Garcilaso con presteza, / del caballo se ha apeado, / cortárale la cabeza, / y en el arzón la ha colgado. / Quitole el AVE MARÍA / de la cola del caballo, / e hincando de ambas rodillas, / con devoción le ha besado, / Y en la punta de la lanza / por bandera la ha colgado; / subió en su caballo

como divina égida de Minerva, 275
ningún infiel osaba hacerte cara.

Dime, ¿qué infausta estrella conducía
aquel joven Achmet, flor de Alozayna,
quien por primer ensayo de la guerra
quiso probar en ti su cimitarra? 280

No había diez noches que Himeneo mismo,
encendiendo en su amor las teas sacras,³⁸
le hacía feliz; pero un ardor, más fuerte
que la gloria marcial, sopló en su alma,

Le arrancó de los brazos de su esposa, 285
y la bella Zulima, que lloraba,
como lloraba, al despedirse de Héctor,
la tierna y amantísima troyana:

Con una mano trémula le puso
la pesada loriga y la celada 290

luego, / y el del moro había tomado [...] En ser Garcilaso mozo, / y haber hecho un tan gran caso: / Garcilaso de la Vega/ desde allí se ha intitulado, / porque en la Vega hiciera / campo con aquel pagano». El rey –concluye Pérez de Hita– le mandó poner en sus armas las letras AVE MARÍA, «con justa razón» (ibíd., pp. 516-520).

³⁸ Himeneo, como apunta Chompré, era la deidad que presidía el matrimonio. Hijo de Baco y de Venus, se le representaba «en figura de un mancebo rubio, que tiene en la mano una antorcha, y está coronado de rosas». Por extensión se llamaban himeneos a los versos que se cantaban en las bodas.

sobre la blanca frente, en donde fija
por la postrera vez su boca casta.

Monta en un alazán hijo de Betis,
vuela a la vega, hacia Mendoza marcha,
y envuelto en nubes de ligero polvo, 295
aún no le busca, cuando ya lo alcanza.

Miden ambos campeones el terreno,
meten espuelas, corren, se abalanzan,
y a los primeros choques del acero
tiembla la tierra, crujen las adargas. 300

Sendas lanzas se rompen y a manera
de dos cadenas bien electrizadas,
al continuo contacto de los golpes
en chispas y estallidos se propagan.

Buscan ambas espadas en los pechos 305
paso a la muerte, que el broquel aparta,
broquel teñido en sangre generosa
que los salpica, y que sus manos mancha.

Uno y otro rival ama y admira 310
tan ardiente valor, tanta constancia,
y la Victoria misma, irresoluta,
por uno y otro estuvo apasionada.

Hasta que, al fin, un golpe de Mendoza
derriba al moro, que la vida exhala,

que a la luz cierra los azules ojos, 315
y que muerde la tierra con las ansias.

Dichoso en haber muerto como un héroe
defendiendo sus lares y su patria,
antes que el hambre horrible y macilenta
los trágicos vecinos devorara. 320

A cuyo aspecto el miserable pueblo
no encuentra otro sustento que la rabia,
otro pan que el dolor, ni otro recurso
que invocar las Euménides³⁹ y Parcas.⁴⁰

Ya no brillaban los alegres juegos, 325
los torneos, las justas ni las zambras;

³⁹ Las Euménides, llamadas también Furias o Erimnias, eran las hijas del Infierno, y según otros autores de Aqueronte y de la Noche. Eran tres: Alecto, Megera y Tisifone. Castigaban en el Tártaro y azotaban con serpientes y hachas ardientes a los que habían vivido mal. Se las representa con la cabeza rodeada de culebras, y teniendo en las manos hachas y serpientes.

⁴⁰ Diosas a quienes, según Chompré, invocaban las mujeres al tiempo de dar a luz. «Hay quien piensa que estos nombres no eran de deidades diversas, sino solamente renombres de Lucina». No obstante, como asegura Grimal, las Parcas eran el equivalente romano de las Moiras griegas, es decir, de las divinidades del destino. «Al principio, parece que las Parcas fueron, en la religión romana, demonios del nacimiento. Pero este carácter primitivo desapareció muy pronto ante la atracción de las Moiras». Se las representa como hilanderas que limitan a capricho la vida de los hombres. Lo mismo que las Moiras son hermanas: una preside el nacimiento, otra el matrimonio y la tercera la muerte. En el Foro, las tres Parcas estaban representadas por tres estatuas, llamadas comúnmente las Tres Hadas (es decir, *Tria Fata*, los tres «destinos»).

que en aquellos Elíseos⁴¹ granadinos
tápidas sombras solamente erraban.

El opulento de miseria muere,
detestando los cofres de su plata; 330
en el regazo de la madre el niño
secas del néctar ve las cataratas.

Y el viejo de los huesos ya difuntos
intentaba extraer vida y sustancia,
mientras en Santa Fe y en sus contornos 335
los más ricos manjares abundaban.

Auméntase el desastre cada día,
y la aflicción de la ciudad sitiada,
penetrando los cielos compasivos,
interesa la corte soberana. 340

El ángel tutelar de aquel imperio,
que en los páramos tristes de la Arabia,

⁴¹ Los Elíseos o Campos Eliséos, escribe Chompré, eran una parte de los infiernos, donde los poetas fingen que reina una continua primavera, y que las almas de aquellos que han vivido bien gozan de una felicidad perfecta y durable.

a Ismael,⁴² que sediento fallecía,
la vida conservó dándole el agua,

reconoció que era cumplido el tiempo, 345
previsto por el dios de las batallas,
en que el ismaelita⁴³ perdería
el dominio glorioso de la España,

que Isabel y Fernando eran los reyes
destinados a obrar tan gran mudanza, 350
y fundar una vasta monarquía
que la fe verdadera dilatara.

Así, se acerca al Padre de los hombres,
y cubierto el semblante con las alas
para adorar el resplandor inmenso, 355
dice en su acatamiento estas palabras:

⁴² Personaje de las tres religiones del Libro (hebrea, cristiana y musulmana), antepasado de los ismaelitas o árabes. Existen diversas versiones sobre Ismael entre los fieles de las grandes religiones monoteístas. Se acepta que fue el primer hijo de Abraham pero, de acuerdo con la tradición judeocristiana, la preferencia ha sido para Isaac, mientras que los musulmanes han optado por Ismael. Hijo de Abraham y de la sierva Agar, ya que Abraham y Sara no habían tenido descendencia y eran de avanzada edad (aunque por decisión divina tuvieron a Isaac). Se produjo la habitual competencia por la primogenitura y, en fin, Ismael fue expulsado hacia el desierto, junto con su madre. Vivió en el desierto de Parán (Canaán), se casó con una egipcia, fundó Ismailia y tuvo una abundante descendencia. Su hija, además, se desposó con Esaú (hijo de Isaac). Sus descendientes los ismaelitas se radicaron en la zona del golfo pérsico. Mahoma estableció que Ismael fuera cabeza de su genealogía y, según el Islam, colaboró en la construcción de La Meca.

⁴³ Es decir, los árabes, el Islam...

«Pues tus ojos, Señor, no se desdeñan,
de mirar las naciones y comarcas,
con ser en tu presencia todo el mundo
un átomo que el éter arrebatara, 360

pues vieron ellos fenecer sin ruido
las cuatro monarquías que honró el Asia,
la de los macedonios y los griegos,
la fenicia, la goda y la romana.

Ved también este pueblo que perece, 365
víctima de valor y contumacia;
es enemigo vuestro y bien conozco
que el error que le ciega no lo salva.

Mas, pues sabéis que muchos granadinos
recibirán vuestra religión santa, 370
mudad sus corazones desde ahora,
convertid en prudencia su constancia.

Conceded a Castilla esta victoria,
a los augustos reyes esta palma
a la Iglesia Católica este triunfo 375
y a la Milicia Angélica esta gracia».

Oyó el Eterno el ruego de aquel justo,
y a su divina voz, toda eficacia,
a su voz, que destruye y forma imperios,
las sombras huyen y las luces rayan. 380

Abre los ojos Boabdél y al punto,
 viendo su precipicio, sin tardanza,
 pide a Fernando y a Isabel la tregua,
 ofreciendo entregarles a Granada.

Al momento se tienden y tremolan 385
 sobre las cimas de las torres altas
 las tres banderas con las tres insignias
 de Santiago, Castilla y la Cruzada.

Pero, furioso el fanatismo entonces,
 sacudiendo su frente sanguinaria, 390
 busca un santón,⁴⁴ de aquellos que a la Meca
 suelen tres veces ir en caravana.

Hállalo retirado en una gruta,⁴⁵
 casi desnudo, la cerviz rapada,

⁴⁴ El vocablo, incorrecto desde el punto de vista de la teología del Islam, entraña una importante carga despectiva. Se ha aceptado como más correcta, en principio, la palabra *morabito*, que figura actualmente definida por el DRAE como «musulmán que profesa cierto estado religioso parecido en su forma exterior al de los anacoretas o ermitaños cristianos». En 1611 Covarrubias incorporó *morabito* en el *Tesoro*, con una potente ideologización religiosa: «cerca de los Árabes, vale lo que en Castellano llamamos ermitaño: estos eran grandes vellacos hipocritones, exercitados en diversos linages de pecados, cuya primera regla, o desorden, salió en el año de setecientos de nuestro Redentor» (*Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez, 1611, s. v.).

⁴⁵ Este verso refuerza, precisamente, la validez del vocablo *morabito*, antes citado, como más correcto que el de *santón*, de acuerdo con la propia definición tradicional que recoge el DRAE.

a la nariz torcidos ambos ojos, 395
mirando ciertas luces increadas.

Con el ayuno, la vigilia y tedio
su fantasía estaba ya tan flaca,
que al fanatismo no le fue difícil
fingirle una visión extraordinaria. 400

El santón creyó ver a su Mahoma,
que viniendo hacia él antes del alba,
le decía: «¿Qué haces infelice,
con tus arrobos y tus preces vanas?

Sábetete que Granada está vendida, 405
a los incircuncisos que la ultrajan;
parte al momento, anima con tu celo
los restos de una plebe afeminada.

Pon diques al cristiano, que procura
profanar mis mezquitas con sus aras, 410
eclipsar con sus cruces nuestras lunas,
y acabar con la gente musulmana».

Dijo, y el moro hallándose ya solo,
como un demente, a quien la furia embriaga,
sale corriendo por la Alcaicería, 415
el Coso, Zacatín y demás plazas.⁴⁶

⁴⁶ «Descabalgá de una mula, / y en un caballo cabalgá, / por el Zacatín arriba / subido se había al Alhambra. / Ay de mi Alhama!», decía el romance (Ginés Pérez de Hita, op. cit., p. 464).

Echando espuma por la mustia boca,
 la vista a todas partes derramada,
 con una mano levantaba el libro
 del Alcorán,⁴⁷ y en ronca voz gritaba: 420

«¡Alá y Mahoma! Ea, pues, creyentes,
 armaos de denuedo y de venganzas;
 Alá y Mahoma destruirán los monstruos,
 Alá y Mahoma el triunfo nos preparan».

Así como al clamor de una cencerra 425
 las necias abejas congregadas,
 corresponden al eco con susurros,
 y los enjambres en tumultos paran.

Así veinte mil moros seducidos,⁴⁸
 siguen del hombre loco las pisadas 430
 y llenan la ciudad de un alboroto
 más funesto que el hambre y demás plagas.⁴⁹

⁴⁷ El Corán.

⁴⁸ «Como los moros son muy livianos en sus movimientos, y alborotos, y por otra parte agoreros, dieron muchos dellos crédito a uno de los sabios, que llamaban de su ley, que anduvo levantando el pueblo: y condenando el partido, que se había tomado, y levantáronse con él más de veinte mil moros, pero la hambre y miseria, que padecían en el cerco, fue causa que reconociesen el estado a que habían llegado: y se fuesen reduciendo a las leyes del vencedor» (Jerónimo Zurita, op. cit., fol. 369r).

⁴⁹ El discurso «poético» de Viera recuerda remotamente, en este punto, un fragmento de una intervención que recoge Pérez de Hita, si bien en este caso, el alfaquí (experto en *fiqh* o derecho islámico) o «morativo», es decir, morabito, se dirige a las masas sublevadas en la ciudad de Granada, debido a los enfrentamientos civiles y les conmina a unirse frente al

¡Qué no intentó para calmar la plebe
el triste Boabdilí! ¡Con qué elegancia
les probó ser preciso someterse
al cruel destino de la suerte infausta!

435

Mas cuando vio que toda su elocuencia
era echar sal encima de las ascuas,
se dio prisa a llamar los españoles,
para entregar los fuertes y el alcázar.⁵⁰

440

A rendir la ciudad y la diadema
el mismo rey desciende del Alhambra,

enemigo. «Acabada esta pasión y civil guerra –escribía Pérez de Hita–, el alfaquí o moratino hizo en la Plaza Nueva un razonamiento o sermón que decía así: / Contra vuestras entrañas granadinos, / movéis las armas con violencia, / no sé cual furia os mueve a cosas tales / dejáis de pelear con los cristianos, / y defender las fuerzas deste reino, / y derramáis la sangre vuestra? / Atroz en sumo grado disparate. / No veis, ilustres gentes, que vais fuera / de toda la razón, y de propósito, / y no guardáis los ritos, y leyes / de Mahoma, Profeta, y mensajero / de Dios, que os encargó bien de todos / aquellos que guardasen sus escritos? / Por qué, pues, lo hacéis tan malamente? / Por qué contra vosotros hacéis guerra, / moviendo las beligeras espadas, / que ya de derramar humor sangriento / de vuestra misma Patria, se han cansado? / Mirad todas las calles, y las plazas, / que es testimonio dello, cuán sangrientas están [...]» (Ginés Pérez de Hita, op. cit., p. 474).

⁵⁰ «Viéndose el rey Boabdilí y los moros de Granada en la postrera miseria de su perdición, y sin ninguna esperanza de socorro, ni con fuerzas para morir peleando, y acabar juntamente con su reino, de común acuerdo de todos deliberaron de entregar la ciudad de Granada, por salvar sus vidas, y para tratar esto, lo cometió el rey Boabdilí al alcaide Bulcacín Mulch: y le dio poder para que assentase la concordia» (Jerónimo Zurita, op. cit., fol. 368v).

con un penacho negro en la cimera,
las armas y armaduras pavonadas.

El medio borceguí bordado de oro, 445
el tahalí sembrado de esmeraldas;
y aunque abatido el macilento rostro,
la augusta majestad le acompañaba.

Del Albaicín halló la puerta abierta,
y saliendo por ella a la campaña, 450
con un corto galope se avecinda
al sitio, en donde vio los dos monarcas.

Así que llega, para se mesura;
echa pie a tierra de la torda alfana;
y queriendo postrarse ante los Reyes, 455
Fernando, deteniéndole, lo abraza.

Boabdelí conturbado le presenta
su corona, las llaves y la espada,
y en señal de profundo rendimiento
las manos triunfadoras les besaba. 460

«Habéis vencido, ¡oh reyes!, les decía;
habéis vencido, vuestra es ya Granada;
pero nunca olvidéis en tal fortuna
que hoy amanecí rey y no mañana.

Solo os pido el favor de que ninguno 465
jamás se atreva con licencia osada

a traspasar del Albaicín la puerta
por donde yo salí»...⁵¹ A estas palabras,

faltándole la voz y aún el aliento,
no pudo proseguir... y mientras marchan 470
Fernando e Isabel con la grandeza,
la infantería, picas y corazas,

a tomar posesión del nuevo Imperio,
subiendo Boabdélí las Alpujarras
acompañado de su real familia, 475
se detiene en la altura, hace una pausa.

Vuelve los ojos y los fija atentos
en la hermosa ciudad, su patria amada,
su rico patrimonio, dulce centro
de las glorias y dichas ya pasadas. 480

Y arrasados de lágrimas los ojos,
lágrimas que le borran aquel mapa,
«¡oh, Dios de los ejércitos (decía),
cuánto no pierde el que del trono baja!».

Oyó su madre tan sentidas quejas, 485
mirolo atenta y díjole indignada:
«Has perdido, hijo mío, una corona
que precio fue de intrépidas hazañas;

⁵¹ «Pidieron una cosa muy estraña, para gente rendida, y vencida: que quisieron que al tiempo que se entregase la Alhambra, la gente que la había de recibir, entrase por las puertas de Bibalchar y por Bignedi, y por el campo, fuera de la ciudad, y no por dentro de ella» (ibíd.).

Así, bien es que como mujer llore
 quien no supo ser hombre y conservarla; 490
 bien es que la memoria dolorida
 a su vil corazón se lo eche en cara».

Tal fue de aquel Imperio el fin ruidoso,
 fundado por el bravo Aben-Alhama;⁵²
 y tal el primer paso a la grandeza 495
 que adquirió la potencia castellana.

Fernando e Isabel, a la cabeza
 del ejército alegre, y la comparsa
 de los vecinos pueblos, atraídos
 de aquella novedad feliz y rara, 500

entraron por Granada al mediodía,
 con regio triunfo y ostentosa marcha,
 llevando en cautiverio los rehenes,
 seguidos de sus grandes y sus guardias.

Coronados de lauros y de mirtos, 505
 encantando los ojos y las almas,

⁵² «Mahomad, primero deste nombre, cognominado Aben Alhamar, y de otra manera Aboabdille, Abemiazar, comenzó a reynar en Granada en el año, ya señalado, del nacimiento de nuestro Señor de mil y dozientos y treynta y seys... Este Rey Mahomad es cognominado Alhamar, por ser bermejo, porque Alhamar en arábigo, quiere dezir bermejo o roxo. Al principio del reyno de Granada, señalan a este Rey Mahomad algunas Crónicas en el año passado de mil y dozientos y treynta y quatro, diziendo, que fue quatro años después que se ganó Córdoba [...]» (Estevan de Garibay y Çamallos, *Compendio historial...*, op. cit., t. IV, p. 330).

Venus en carro de águilas fogosas,
Jove⁵³ tirado de palomas mansas.

Los clarines, adufes y tambores,
los vivos de contento, las descargas, 510
Santiago, que invisible conducía
ambos esposos, todo lo animaban.

Pero así como al tiempo que más brilla
el Sol en su cénit, cuando se inflaman
entre Sirio y Proción⁵⁴ las rojas ruedas 515
del carro de la luz, la gente indiana,

Por temor de la siesta y del reflejo,
busca lo oscuro y cierra las ventanas;
así los sarracenos, no pudiendo
sufrir la vista de los dos monarcas, 520

tan rodeados de esplendor y gloria,
tan precedidos de terror y saña,
cubriéndose de espesas celosías,
no se atrevían a dejar sus casas.

⁵³ Júpiter.

⁵⁴ Sirio o *Sirius* es la estrella Alfa *Canis Maioris*, la más brillante del cielo nocturno. Es muy conocida desde la antigüedad. En Egipto, la salida heliaca de Sirio marcaba la época de las crecidas del Nilo. Se la conoce también como Estrella Perro, por la constelación a la que pertenece. Proción es la estrella más brillante de la constelación del Can Menor, y la octava estrella más brillante en el cielo nocturno. Forma uno de los vértices del «Triángulo invernal». Proción procede del griego *Prokyon* y significa «antes del perro», es decir, que precede a la Estrella del Perro (Sirio).

Entre tanto, Fernando iba subiendo 525
hacia la gran mezquita señalada,
para purificar con sacro rito
la contaminación mahometana.

Mas su espíritu entonces poseído 530
del entusiasmo de otra idea extraña,
creyó alcanzar a ver en perspectiva
nueva serie de acciones preparadas.

Vio expatriados los moros de la Europa,
batidos en las costas africanas,
el *Non plus ultra* de Hércules vencido, 535
los mares y las zonas penetradas,

descubierto otro mundo diferente,
a un cetro unidas monarquías vastas,
en la América misma establecida
con otra *Santa Fe, Nueva Granada*; 540

variedad de naciones y de pueblos,
infinidad de tribus y de castas,
de la Tierra del Fuego a La Florida,
de Filipinas hasta las Lucayas;

todas bajo el dominio de Castilla, 545
con leyes y virtud civilizadas,
conociendo las artes y las ciencias,
oyendo el Evangelio, y ya cristianas...

Fernando e Isabel al Rey de Reyes,
humildes dieron fervorosas gracias; 550
abrazaron los moros nuestros dogmas,
fue aquella Iglesia Metropolitana.

Su augusto tribunal, chancillería,
reinó la paz, la industria, la labranza,
y lo que entonces tanto aplaudió el mundo, 555
asunto es hoy de premio y alabanza.

FIN

Índice onomástico

Abderramán, 78
 Aben-Alhama [Aben Alhamar], 103
 Achmet, 91
 Agatocles, 64
 Albaicín, 79, 101-102
 Albo-Hascen [Albohacen], 78
 Alcaicería, 98
 Alcides, 57
 Algaceles, 89
 Alhambra, 71, 77, 100
 Almagro, 57
 Almanzor, 78
 Almería, 74
 Aloyayna, 91
 Alpujarras, 79, 102
 América, 57, 105
 Antípodas, 58
 Apolo, 58, 71
 Arabia, 74, 94
 Asia, 96
 Averno, 83
 Axaycacín [Axayacatzin], 52
 Azanagas, 89
 Baza, 74
 Betis, 74, 92
 Boabdélí [Boabdil, Rey Chico], 77-80, 83, 97, 100, 102
 Cabra, conde de, 84
 Cádiz, duque de, 86
 Carlos V de Alemania, I de España, 50, 64
 Cartago, 64
 Casandra, 85
 Castilla, 79, 96-97, 105
 Cástor, 62
 Cholula, 40
 Cíclopes, 47
 Colón, Cristóbal, 57

- Córdovas, 75
Cortés, Hernán [y Hernando], 40-42, 44, 51, 54, 55-57, 59, 61-64
Coso, 98
Cuatzalcóatl [Quetzalcóatl], 52
Dios, 42, 45, 48, 50, 83, 95-96, 99, 102, 106
Discordia, 57
Ebro, 74
Elíseos, 94
Eneas, 85
España, 53, 57, 64, 71, 86, 95
Euménides, 93
Europa, 57, 77, 105
Fama, 33, 56
Felipe II, 64
Fénix, 65
Fernando III, Santo, 76
Fernando el Católico, 71, 75, 84, 87, 89, 95, 97, 101-103, 105-106
Filipinas, 105
Fortuna, 39
Furia, 57, 83
Genil, 74
Gracias, 38
Granada, 73, 76-77, 86, 97-98, 101, 103
Guzmanes, 89
Héctor, 62, 91
Hércules, 105
Hesperia, 57
Hiaya, 78
Himeneo, 91
Ilíberis, 80
Isabel la Católica, 71-72, 75, 84-85, 87, 95, 97, 102-103, 106
Ismael, 95
Jove, 104
La Florida, 105
La Habana, 57
La Meca, 74, 97
Loja, 74
Lucayas, 105
Mahomet-Zagal, 79, 82
Málaga, 74
María, Virgen, 90
Marina, 59
Marte [y Mavorte], 58, 75
Mauritania, 74
Melinalco [Malinalco], 54
Mendoza [y Mendozas], 75, 90, 92

- Mercurio, 58
 México, 36, 38, 41, 50, 53,
 54, 63, 64
 Minerva, 59, 91
 Moctezuma, 31-32, 36, 41,
 50, 54, 58, 63-64
 Motril, 79
 Moya, 85
 Muhammad [Mahoma], 74,
 80, 98-99

 Neblí, 51
 Neptuno, 62
 Nereidas, 62
 Nueva España, 29, 64
 Nueva Granada, 105
 Numancia, 83

 Ontario, 64
 Orfeo, 58
 Orihuela, 74
 Orizaba, 47

 Pactolo, 58
 Palas, 58, 75
 Parcas, 93
 Pelayo, 74
 Pilpatito [Pilpatoe], 36, 48
 Pindo, 65
 Pizarro, 57
 Plutón, 58

 Pólux, 62
 Pomona, 75
 Ponces, 75
 Proción, 104

 Ramiro, 74
 Rodrigo, don, rey, 72

 Sagunto, 83
 Sancho, 74
 Santa Fe, 87, 88, 94, 105
 Santiago, patrón de España,
 86, 97
 Sierra Nevada, 86
 Silvas, 75
 Sirio, 104
 Sirtes, 62

 Tabasco, 56
 Tendilla, conde de, 84
 Teutillo [Teutile], 36, 39, 42,
 48, 50
 Tierra del Fuego, 105
 Tigris, 74
 Tlascala, 40, 56
 Toledos, 89
 Troya, 85

 Velázquez, 57
 Venus, 59, 104
 Vesubio, 63

José de Viera y Clavijo

Victoria, 92

Virgilio, 69

Vitzilipuztli, 45

Vivarrambla, 79

Zacatín, 98

Zempoala, 40, 43, 56

Zulima, 91

